

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA  
SÁNCHEZ MORENO  
*Fundadora de La Obra de la Iglesia*

*Yo tengo fe  
en Jesucristo y en su Cuerpo Místico,  
la Santa Madre Iglesia,  
impregnada de esperanza  
y encendida en el amor  
del Espíritu Santo*

\* \*

*A Abraham,  
por su fe inquebrantable,  
llena de esperanza  
en las promesas de Yahvé,  
Dios le hizo  
el Padre de todos los creyentes*

\*

*En el Sancta Sanctórum...*



Editorial Eco de la Iglesia

28-9-2001

## YO TENGO FE

Yo tengo fe... Y creo en el único Dios verdadero, el que se es en sí, por sí y para sí su misma subsistencia eterna y suficiencia infinita; y en su unigénito Hijo Jesucristo, su enviado, el Ungido de Yahvé, el esperado de las naciones, el prometido a nuestros santos Padres y el ansiado por los Profetas; «Dios de Dios, Luz de Luz», de la misma sustancia y naturaleza del Padre y del Espíritu Santo.

Y por ello, puedo decir con el Apóstol San Pablo: «Estoy crucificado con Cristo: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí; vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí»<sup>1</sup>.

Yo tengo fe... Y «creo en el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria»<sup>2</sup>.

Un solo Dios y tres personas, iguales en su ser y distintas en sus personas.

Y mi vida de fe, llena de esperanza y encendida en el amor, me hace conocer, penetrar y saborear esta inefable, maravillosa y trascen-

*Nilil obstat:* Julio Sagredo Viña, *Censor*  
*Imprimatur:* Joaquín Iniasta Calvo-Zataráin  
*Vicario General*  
Madrid, 1-11-2004

3ª EDICIÓN

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia Sánchez Moreno y del libro publicado:  
«VIVENCIAS DEL ALMA»

1ª Edición: Noviembre 2004

© 2004 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006

C/. Velázquez, 88

Tel. 91.435.41.45

ROMA - 00149

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 06.551.46.44

E-mail: [informa@laobradelaiglesia.org](mailto:informa@laobradelaiglesia.org)

[www.laobradelaiglesia.org](http://www.laobradelaiglesia.org)

[www.clerus.org](http://www.clerus.org) *Santa Sede: Congregación para el Clero*  
*(Librería-Espiritualidad)*

ISBN: 84-86724-67-8

Depósito Legal: M. 35.582-2006

<sup>1</sup> Gál 2, 19-20.

<sup>2</sup> Credo de Nicea-Constantinopla.

dente realidad, principio y fundamento de esa misma fe que poseo, y luz que esclarece todos los misterios que ella contiene, y que a mí me han sido manifestados en sabiduría amorosa, especialmente desde el 18 de marzo de 1959, para que los comunique, con el mandato de: «¡Vete y dilo...!»; «¡Esto es para todos...!».

«Yo sé que Dios se es –escribía el 23 de enero de 1960–.

Y lo sé, sin saber, en su eterno entender; aunque lo que yo sé, Dios es, por haberme metido en su mismo saber, y en su entender lo sé.

Y aunque lo que yo sé, Dios es, infinitamente me quedo sin saber lo que Dios es, en su ser-ser; pero, sólo saber que mi Dios se es, me deja enamorada de amor por El que Es...

¡Y qué fuertemente se ha afianzado mi fe al saber que Dios es...!, porque ésta es la raíz de nuestra fe: el saber que Dios se es y cómo se lo es y el por qué se lo es.

Y si yo conozco los dogmas sin saber que Dios se es, y que Dios tiene su ser en sí mismo, todo se tambalea, porque la razón de mi fe está en que Dios se es».

«Si mi Dios no se fuera, nada sería, porque en Él y por Él, por su ser, “en el Verbo fueron hechas todas las cosas”<sup>3</sup>, por y bajo el impulso del Espíritu Santo».

Dios mismo, por un plan de su infinita voluntad sobre mí, innumerables veces me ha lle-

<sup>3</sup> Col 1, 16.

vado a su seno, por ser Iglesia Católica, Apostólica y cimentada bajo la Sede de Pedro, para que saliera cantando a todos, en mi misión de Eco de la Iglesia, la riqueza esencial de nuestra vida de fe, recibida de esta Santa Madre.

Por eso el día 6 de abril de 1959, como en tantos otros días de aquel mes, y del mes anterior y otros meses consecutivos, ante la contemplación de su misterio, con fuerza irresistible me hacía exclamar:

«El ser de Dios..., ese terrible ser de Dios, tan infinito y terrible, en una majestad soberana, en una terribilidad terrible, en una inmensidad aplastante...; ese ser ¡tan infinito y terrible!, es por esencia paz..., quietud..., silencio... ¡Toda la eternidad en un silencio inalterable..., en una quietud incomprensible para nosotros...!»

Toda la vida de Dios es un acto; ¡un acto de ser infinito, fecundo!; y tan infinitamente fecundo e infinito, que el Padre se contempla en un silencio silenciosamente terrible... Y el Verbo, que es la Canción jubilosa y amorosa del infinito Ser, sale, sin salir, del seno del Padre, y le canta, en un grito de ser, todo el ser terrible, inmenso y fecundo, en una sola y silenciosa Palabra: una sola Palabra que es todo el ser en Expresión... Sí, una sola y silenciosa Palabra, una sola y amorosa Palabra, una sola e inexplicable Palabra... Inexplicable para nosotros, pero para Dios explica sin ningún ruido y en un acto todo el ser infinito y acabado del Padre... Es la Expresión adecuada que expresa,

en expresión perfecta e infinita, todo el ser sin principio y sin fin.

Este Padre tan fecundo, tan silencioso, tan amoroso, que se contempla en una contemplación interminable e inempezable, se dice en un solo acto todo su ser inacabable, en una sola Palabra que se le sale de tanto ser fecundo... Y esa Palabra es el Verbo, única Expresión adecuada de Dios en su ser y en sus personas.

El Espíritu Santo tiene que proceder del Padre y del Verbo, porque no hay nada en Dios Padre que no lo haya en Dios Hijo; y el Espíritu Santo es el Amor personal que, reventando en un amor silencioso del seno del Padre y del Verbo, se le sale al Padre como ser amoroso amando al Verbo, y al Verbo como ser amoroso amando al Padre... El Espíritu Santo es el Amor que, reventando, se les sale al Padre y al Verbo en Persona-Amor.

No hay más que una vida en tres personas, un solo ser que los Tres poseen igualmente. Ninguno de los Tres tiene más o menos, o es más o menos su ser. Ninguno de los Tres es antes o después. El Espíritu Santo no es después del Verbo o del Padre. Es el Amor, el Amor del Padre y del Verbo, que no es antes ni después. Dios es un acto purísimo e infinito, y tan perfecto y fecundo, que es toda la vida interminable y fecunda de la adorable Trinidad. No hay más que un Dios que, en un solo momento eterno, se contempla, canta y ama. Un Dios que, por ser Dios, no puede ser de otra ma-

nera. Sí, la vida de Dios..., ¡la única vida...! Todo lo que no es Dios es muerte...».

«¡Y qué gozo...! ¡Y qué alegría...! ¡Cómo lo veo...! ¡Qué gozo tiene Dios por serse Él en sí mismo Canción de júbilo eterno...! ¡Qué gozo tiene mi alma de ver a Dios como es...! ¡Qué gozo...! ¡Qué gozo...!».

«Melodías sacras son los atributos que, en su serse eterno, Dios mismo se es, y en Él son romances que van prorrumpiendo como en cataratas de inmenso poder.

Sabe del Misterio mi alma adorante..., escucha las notas del Serse en su ser..., porque, entrando dentro de sus Manantiales, supo, en sapientales maneras de ver, cómo surge el Verbo del seno del Padre, cual Palabra eterna en su amanecer».

23-12-1975

Y el conocimiento que me da mi fe, esclarecida por los frutos, dones y carismas que el Espíritu Santo ha donado a su Iglesia, me lleva a participar de la misma vida de Dios; pudiendo llamar al Dios tres veces Santo, al Dios altísimo e inaccesible de infinita majestad: «mi Padre Dios», que arde en necesidad de introducir a sus hijos en su seno de Padre, como Él mismo lo imprimía a fuego en mi alma y yo expresaba como podía, con mis pobres y limitadas expresiones, el día 25 de marzo de aquel año 1959:

«Dios quiere ser conocido y amado por sus hijos... ¡Dios quiere que entremos en su seno, para que conozcamos el ser amoroso y calentito de nuestro Padre Dios...!».

«Dios es terriblemente infinito... Dios es un fuego cariñoso que es paternidad infinita. ¡Que Dios es Padre que quiere coger a todas las almas y meterlas en su seno...! Y para esto el Verbo se hizo Hombre: para cantarnos su Canción y darnos el amor infinito que arde en el seno de la Trinidad...

[...] <sup>4</sup> Que cuando hablo de la Trinidad necesito decir a todos que Dios no es un Dios estático, de piedra; Dios se es la Vida reventando en ser, en perfecciones, en riquezas, en belleza, en actividad familiar de Hogar hogareño e infinito, en infinitud infinita de alegría eterna..., en..., en...

[...] ¡Qué grande es Dios...!, ¡qué jubiloso...!, ¡qué Padre...!, ¡qué amor...!, ¡qué concierto de armonías cantado por el Verbo en su sola y eterna Voz en expresión de fecundidad...!

Todos tenemos que ser palabra con Cristo que cante su Canción eterna, porque somos Iglesia... Mi vocación, dentro del seno de esta Santa Madre, es meter a todos los hijos de Dios en el seno calentito de nuestra Familia Divina... ¡Qué reventón de perfecciones infinitas son mis Tres...! ¡Qué terrible es Dios en plenitud de vida...! ¡Que yo lo

<sup>4</sup> Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

veo!, y no lo puedo decir... Pero mi gozo está en saberlo así de rico a mi Padre, aunque yo no le posea en su Luz gozosa...».

«¡Dios mío, que yo necesito cantarte..., cantarte..., cantarte hasta que me muera de tanto quererte cantar sin saber...! Me muero porque necesito cantarte a todas las almas... ¡Cantarte..., cantarte sin parar...!

¡Que todos sepan que Dios es amor! ¡Que Dios es amor...! ¡Que Dios es amor...! ¡Amor infinito...! ¡¡¡Que Dios es amor!!!».

«¡¡¡Que todos se enteren que Dios es amor!!! Amor que se abrasa en deseos de comunicarse a las almas... ¡Que Dios es amor infinito...! ¡¡Que vengan todas las almas al regazo calentito del Padre-Amor!!!».

«¡Que nadie se asuste de Dios...! ¡Que nadie tiemble de un Dios que ha muerto en la cruz por amor...! ¡Que se acerquen al seno calentito del Padre...! ¡Que vayan a la fuente de la Vida, que está en la Eucaristía...! ¡Que vayan las almas y coman al Verbo hecho carne!, que si comen al Verbo Encarnado, hecho Pan por amor, vivirán de la vida eterna en el seno de Dios... Porque donde está el Verbo, está el Padre y el Espíritu Santo. Y en nuestro seno pequeñito y en nuestro ser pequeñito, en el interior de nuestra alma, está Dios, si estamos en gracia...».

«¿Por qué me besa el Dios vivo...?  
¿Por qué acaricia mi alma...?  
¿Por qué me abrasa en sus fuegos,  
donde su volcán en brasas...?»

¿Por qué tan hondo le siento  
en melodías sagradas,  
diciéndome, con su estilo,  
eso que Él vive en su entraña...?

¡Silencio!, que Dios me besa  
de forma tan delicada,  
que, en Divinidad, se imprime  
diciéndome su Palabra».

28-5-1975

«¡Boga, hijo querido, boga Mar adentro...!  
Piérdete en la hondura de su inmensidad;  
méctete en las olas del Ser infinito;  
el amor intuye su profundidad.

Búscale en el fondo  
de aquella riqueza sin par;  
contempla, en su abismo, sus grandes Océanos;  
sigue sumergiendo tu capacidad.

No temas, si sientes que pierdes  
tu modo de obrar;  
extiende las alas de tus esperanzas,  
¡Dios mismo es la fuente de su inmensidad!

Sigue, sí, tu carrera, no pares;  
que, al fin, hallarás  
lo que busca tu pecho sediento,  
y entonces verás  
el secreto que encierra el Dios vivo  
en su inmensidad...».

11-1-1974

\*

Yo tengo fe... Y hoy, 28 de septiembre del  
año 2001, antes del amanecer y juntito al Sa-

grario, con la ventanita de la capilla abierta a  
mi habitación para poder vivir más cerquita de  
Jesús Sacramentado en mis largos y prolonga-  
dos ratos de oración, y en la casa del Señor  
durante toda mi vida;

al comenzar la oración de la mañana con mi:

«¡Gracias, Jesús, por haberte quedado en la  
Eucaristía!; ¡yo te adoro!

¡Gracias, Jesús, por haberte quedado en la  
Eucaristía!; ¡yo te amo!»;

mi espíritu, sintiéndose profundamente im-  
pregnado y lleno del saboreo de la presencia  
de Jesús Sacramentado, ha ido ahondándose  
cada vez más en el misterio profundísimo de  
la Santa Madre Iglesia.

La cual, por medio de la fe llena de espe-  
ranza y repleta del amor del Espíritu Santo, con  
la donación de sus dones y frutos, se nos de-  
rrama a los que, hechos uno con la voluntad  
del Padre y bajo el impulso y el amor del  
Espíritu Santo, creemos y abrazamos todo quan-  
to Cristo, el Hijo de Dios Encarnado, de la mis-  
ma naturaleza y sustancia del Padre y del Es-  
píritu Santo, depositó en su seno de Madre,  
cuando la fundó;

encomendándosela a sus Apóstoles y al pas-  
toreo de su perpetuación durante todos los  
tiempos en sus Sucesores; cimentándola sobre  
ellos, haciéndoles las Columnas del Nuevo Tem-  
plo de Dios, «no construido por mano de hom-  
bres sino por el mismo Dios»<sup>5</sup>, que tienen que

---

<sup>5</sup> Heb 8, 2.

conducir a la Iglesia erguida y valerosamente; Nueva y Celestial Jerusalén que, cual «torre fortificada», tiene en sus sienas coronadas, como real Cabeza, a «Cristo, y Éste crucificado»<sup>6</sup>, que resucitó al tercer día;

y que, mediante el fruto de su Redención y su resurrección gloriosa, abrió con sus cinco llagas las puertas suntuosas y anchurosas de la Eternidad, cerradas por el pecado de nuestros Primeros Padres; resucitándonos a una vida nueva y liberándonos del pecado y de la muerte eterna como trofeo de gloria; Triunfador de la vida y de la muerte.

Yo tengo fe... Y por eso creo firmemente que Cristo llenó a la Iglesia de sus poderes divinos por medio de los Sacramentos; mediante los cuales, el hombre es capaz de levantarse a sí mismo y levantar, por los méritos de la Sangre redentora del Divino Crucificado, a los hombres caídos, injertándolos por el Sacramento del Bautismo, como los sarmientos en la vid, en Cristo, y por Él, con Él y en Él, con el Padre y el Espíritu Santo:

«Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado, y, viéndole, se postraron; algunos vacilaron, y, acercándose, Jesús les dijo: “Me ha sido dado todo poder en el Cielo y en la tierra; id, pues; convertid en discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he man-

<sup>6</sup> 1 Cor 2, 2.

dato. Y sabed que ‘Yo-estoy-con-vosotros’ todos los días hasta la terminación del mundo”»<sup>7</sup>;

haciendo a los que crean, por el Sacramento del Bautismo, templos vivos de Dios, moradas del Altísimo y partícipes de la vida divina; aquí en fe, y en el mañana de la Eternidad en gozo gloriosísimo y dichosísimo, viviendo en participación, por la vida de la gracia que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria, de la misma vida que Dios vive en su intercomunicación trinitaria de Familia Divina, en compañía de todos los Bienaventurados y Ángeles de Dios, entonando en himno de gloria: «Tú sólo Santo, Tú sólo Señor, Tú sólo Altísimo Jesucristo»<sup>8</sup>; único capaz de abrir el libro de los siete sellos; a quien sea dado todo poder, honor y gloria por los siglos de los siglos:

«Entonces vi delante del trono, rodeado por los seres vivos y los ancianos, a un Cordero en pie; se notaba que lo habían degollado, y tenía siete cuernos y siete ojos –son los siete espíritus que Dios ha enviado a toda la tierra–.

El Cordero se acercó, y el que estaba sentado en el trono le dio el libro con la mano derecha. Cuando tomó el libro, los cuatro seres vivos y los veinticuatro ancianos se postraron ante él; tenían cítaras y copas de oro llenas de perfumes; son las oraciones del Pueblo Santo.

Y entonaron un cántico nuevo: “Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado, y con tu Sangre has comprado para Dios, hombres de toda tribu, lengua, pueblo y

<sup>7</sup> Mt 28, 16-20.

<sup>8</sup> Himno del Gloria.

nación; has hecho de ellos una dinastía sacerdotal, que sirva a Dios y reine sobre la tierra”»<sup>9</sup>.

Yo tengo fe, y por ello creo que, por medio de mi Bautismo, soy hija de la Santa Madre Iglesia, la Nueva Sión, y, hecha una con mis Obispos queridos y bajo la Sede de Pedro, en ella, por Cristo, con Él y en Él, soy hija de Dios, partícipe de la vida divina y heredera de su gloria.

«Es la Iglesia –escribía el 13 de septiembre de 1963– la que, mediante el Bautismo, llena la capacidad que Dios puso en ti para ser hijo suyo. Es el Bautismo la puerta que te introduce en el seno de tu Padre Dios y te hace partícipe de la Familia Divina, mediante la unción de la Divinidad, que, al caer sobre ti, te hace tener un sacerdocio místico, recibido del Sumo y Eterno Sacerdote, y que, por tu filiación divina, has de vivir en su máxima perfección.

¡Si supieras, [...] el gran misterio que la Divinidad te comunica el día en que, por medio de la Iglesia, pasas a ser hijo de Dios y heredero de su gloria...! La Trinidad eterna, en su virginidad oculta y misteriosa, se derrama hacia ti, de forma que las tres divinas Personas, morando en tu interior, son el Eterno Viviente en tu alma pequeñina de cristiano».

«Mediante el Bautismo, tú pasas a ser hijo de Dios y entras en una comunicación familiar con el Eterno Viviente, dentro de ti, en sus Tres; eres ungido con un sacerdocio místico, pero vivo,

---

<sup>9</sup> Ap 5, 6-10.

que te hace ser, con Cristo, mediador, intercesor y comunicador de la vida divina a los hombres».

«¡Hijo de Dios...! No sé [...] si has penetrado alguna vez lo que el Verbo, el Unigénito del Padre, hace en el seno de la Trinidad. No sé si sabes lo que es ser hijo de Dios, porque para saberlo hay que penetrar en el misterio grande de la Familia Divina, saber lo que hace el Padre amando al Hijo, mirar lo que hace el Hijo amando al Padre, en tal fusión amorosa, en tal amor coeterno, tan estrecho y tan infinito, que un solo amor los Dos tienen; que en unión estrechísima, por perfección de su mismo amor unitivo, el Padre y el Hijo, en su abrazo apretado, viven en comunión con el Espíritu Santo, Amor personal de la unión perfecta y amorosa de ambos. ¡Tanto, tanto, tanto...!, tan estrecho y tan hondo es el abrazo simultáneo y profundo, íntimo y sabroso, que se dan mis divinas Personas en su amor paternal y filial, que el Fruto sabroso, amoroso y perfecto de ese amor es una Persona tan perfecta, eterna e infinita como el amor que se tienen el Padre y el Verbo.

Así ama Dios en su seno; así se ama Dios en su entraña; así ama el Padre a su Hijo; así ama el Verbo al Padre, ¡así ama Dios...!, siendo tan perfecto en su Amor, como es Padre y es Hijo. Dios se es Tres en su seno para ser feliz, perfecto y fecundo como Él, en su ser y en sus personas, necesita y se merece».

«Es la Iglesia la que, con corazón de Madre, te ha metido a participar en el secreto hondo,



en la médula profunda de tu Padre Dios. Llama a Dios ¡Padre!, y así vive lo que eres».

«No hay vocación como tu vocación, no hay llamamiento como el tuyo, no hay predilección tan grande como la que el Eterno tuvo contigo el día en que, por medio de tu Iglesia Católica, Apostólica y bajo la Sede de Pedro, te hizo hijo suyo y te incorporó en el gran misterio del Cristo Total».

«Todo lo que Dios tiene por naturaleza, tú lo tienes por regalo gratuito que, a través de tu Iglesia, Él te ha dado para que lo vivas en participación plena y felicísima como verdadero hijo».

«Todos los dones que el Señor derrame durante toda tu vida sobre tu alma son secundarios, consecuencia de éste y con relación a él. Es éste el que te hizo hijo del Infinito, el que te encajó en el plan divino; ya que, desencajado por el pecado original, no podías entrar en la región de los hijos de Dios.

María, tu nueva Madre, la Eva salvadora, es el medio que Dios se escogió para darse a tu alma, por Cristo, con corazón de Madre y amor de Espíritu Santo.

¡Todo son regalos para el hijo de Dios! La misma Iglesia, Cristo y María son regalos que el Amor Infinito ha dado a tu alma para que, por ellos, pudieras entrar a participar en el festín infinito y gozoso de tu Padre Dios».

«En la hondura de mi pecho  
tengo al que ama mi alma,

escondido tras mis noches,  
diciéndome su Palabra.

Cuando me miran sus ojos,  
mi espíritu rompe en brasas,  
pues son candentes las lumbres  
que de su mirar dimanan.

Tengo en la hondura del pecho  
todo cuanto yo soñara,  
porque es al Todo al que encierro,  
escondido en mi recámara.

Él me pide mis amores  
y en sus amores me abrasa,  
viviendo en festín de dones  
entre el Excelso y la nada.

¡Misterio de los misterios...!,  
¡cubra el silencio mis ansias!,  
porque Dios mismo, en su serse,  
es cuanto oculto en mi entraña.

¡Silencio!, que Dios me besa  
en su manera sagrada,  
del modo que Él sólo sabe  
hacerlo con los que ama.

Por eso, ¡callen las voces  
que mis vivencias profanan!,  
pues es Dios mismo viviente  
que, cual Esposo, me abraza.

Él es todos mis afanes,  
llenura de mis nostalgias.  
¡Silencio, que Dios me besa...!  
¡Dejad reposar mi alma...!».

28-10-1975

Yo tengo fe viva, y por eso creo que la Santa Madre Iglesia ha recibido el poder, dado por Cristo, a través de sus sacerdotes y ministros, de lavar y perdonar los pecados por la Sangre del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Poderes que corresponden intrínsecamente sólo a Dios.

Por lo que los escribas y fariseos, oscurecidos por la obstinación y la soberbia, decían, cuando Jesús perdonaba los pecados, no reconociendo en Él al Unigénito de Dios Encarnado y hecho hombre por amor, que sólo Dios podía perdonar pecados; manifestando de esta manera, aunque obstinadamente y sin quererlo reconocer, que Cristo era Dios y podía perdonar los pecados.

«Entrando de nuevo, después de algunos días, en Cafarnaúm, se supo que estaba en casa, y se juntaron tantos, que ni aun junto a la puerta cabían, y Él les hablaba. Vinieron trayéndole un paralítico, que llevaban entre cuatro. No pudiendo presentárselo a causa de la muchedumbre, descubrieron el terrado por donde Él estaba, y hecha una abertura, descolgaron la camilla en que yacía el paralítico.

Viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados».

Estaban sentados allí algunos escribas, que pensaban entre sí: «¿Cómo habla así éste? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?». Y luego, conociéndolo Jesús con su espíritu, que así discurrían en su interior, les dice: «¿Por qué pensáis así en vuestros corazones?

¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu camilla y vete? Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados –se dirige al paralítico–, Yo te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa».

Él se levantó y, tomando luego la camilla, salió a la vista de todos, de manera que todos se maravillaron, y glorificaban a Dios diciendo: «Jamás hemos visto cosa igual»<sup>10</sup>.

Poderes que Jesús, siendo Dios mismo por su persona divina, donó a su Iglesia, depositándolos en ella en y por medio de los Apóstoles, y dándoselos, por ellos, a sus Sucesores durante todos los tiempos.

«Como el Padre me ha enviado, así también os envío Yo».

Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos»<sup>11</sup>.

¡Don inimaginable del Infinito Ser derramándose en compasión misericordiosa sobre el hombre arrepentido que, volviéndose hacia su Creador, implora el perdón de sus pecados, con espíritu humillado y corazón contrito!

Porque el alma que por medio del Bautismo ha quedado como un espejo sin mancha, al

<sup>10</sup> Mc 2, 1-12.

<sup>11</sup> Jn 20, 21-23.

ofender a Dios y rebelarse contra Él por el pecado, oponiéndose a su voluntad infinita, en vez de la imagen de Dios que tenía grabada en sí como a fuego, al desaparecer de ella el infinito Creador, quedó oscurecida, manchada y tan desfigurada, que es como un monstruo completamente deforme y abominable, de manera que, si contempláramos a un alma en pecado mortal, moriríamos de espanto.

Pero el poder que Cristo ha dado a su Iglesia por medio de sus Apóstoles y por la Unción sagrada del sacerdote del Nuevo Testamento es tan grande y sublime, que, por el Sacramento de la Penitencia, éste expulsa del alma al diablo, que ha entrado a tomar posesión de ella; dejándola más limpia que el jaspe y más luminosa que el sol; apareciendo de nuevo, en el resplandor del espejo de su espíritu, el mismo Dios que, morando en ella, la hace ser nuevamente templo vivo de Dios y morada del Altísimo.

Yo tengo fe inquebrantable. Y por ello, cuando voy a buscar en el Sacramento de la Penitencia –y lo recibo– limpiar y purificar mi alma de todo aquello que haya podido disgustar a Dios o que no esté completamente conforme con lo que Él me exige, según su divina voluntad sobre mí;

ante las palabras del sacerdote: «Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»<sup>12</sup>, experimento

<sup>12</sup> Fórmula del Sacramento de la Penitencia.

que esas palabras son pronunciadas por Jesús sobre mi pobrecita alma, arrepentida de haber ofendido a Dios, y obran lo que dicen, por medio de los poderes que Cristo ha dado al sacerdote del Nuevo Testamento, al ejercer su ministerio sacerdotal.

Por lo que mi espíritu se llena de paz y gozo del Espíritu Santo; y vigorosamente me siento purificada y renovada, con un nuevo impulso para comenzar de nuevo y seguir buscando la voluntad de Dios en todo y siempre, para poderla cumplir lo más perfectamente que esté a mi alcance.

Y de tal forma es esto, que me experimento como una criatura nueva que, bajo la luz del Sacramento, hasta me parece que esta tierra es más hermosa por la brillantez de su luminosa claridad, y que todo es más brillante; impulsándome todo esto con una nueva fuerza de lo Alto en mi búsqueda incansable e insaciable de dar gloria a Dios y vida a las almas.

\*

Yo tengo fe... Y creo asimismo que, para que nada les faltara a los Apóstoles en la misión salvadora que, sobre la humanidad caída, el Divino Maestro les encomendó, Cristo, en Pentecostés, hizo recaer sobre ellos en compañía de María, Madre sacerdotal, los dones, frutos y carismas del mismo Espíritu Santo; que se nos da por medio de la Confirmación para el fortalecimiento y robustecimiento de nuestra vida de fe, esperanza y caridad.

«Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo».

«Al llegar el día de Pentecostés, estaban reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían posándose encima de cada uno. Se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería»<sup>13</sup>.

«Cuando los Apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron cómo había recibido Samaría la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan, los cuales, bajando, oraron sobre ellos para que recibiesen el Espíritu Santo, pues aún no había venido sobre ninguno de ellos; sólo habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo»<sup>14</sup>.

Y así, Jesús, mediante los Sacramentos, va derramando en y por medio de la Santa Madre Iglesia, a través de los Apóstoles, sobre los cristianos, todo aquello que, para el robustecimiento de su fe, necesitan dentro del Cuerpo Místico de Jesucristo y como miembros de este Cuerpo, para ser fieles a las promesas del Bautismo y

<sup>13</sup> Hch 1, 8; 2, 1-4.

<sup>14</sup> Hch 8, 14-17.

ser en medio del mundo testimonios vivos por su vida y su palabra de lo que es ser hijo de Dios y, por ello, Iglesia Católica y Apostólica, que, bajo la Sede de Pedro, caminamos unidos hacia el más allá bajo el cobijo y amparo de la Maternidad de María, en cumplimiento perfecto de los planes del que nos creó sólo y exclusivamente para que le poseyéramos.

Y mi alma, habiendo recibido al Espíritu Santo, se repleta, gusta y apercibe sus dones y frutos; de forma que, por el don de sabiduría, Dios ilumina mi entendimiento sabrosísimamente, me introduce en su pensamiento divino, y, mostrándome sus misterios, me manifiesta su voluntad, llena de planes eternos; capacitándome para que realice cuanto Él quiere, enviándome a comunicarlos, llenando mi vocación como Eco de la Santa Madre Iglesia que, en proclamación de esta Santa Madre, tiene que expresar y decir cuanto, de tan distintas y diversas maneras, Dios le muestra bajo el néctar sabrosísimo de su Divinidad o en el saboreo profundo, íntimo y sacrosanto de la cruz, que me lleva a abrazarme a «Cristo, y Éste crucificado».

Y quiero transcribir aquí algunos trozos de mis escritos para manifestar el esplendor de la gloria de Dios cuando actúa en el alma por los dones y frutos del Espíritu Santo:

«Y el 29 de enero de 1960, Dios de nuevo me introdujo en el misterio de su vida, poniendo en mi espíritu urgencias indecibles de

amarle, por participación, con el mismo amor con que Él se ama, abrasada en las llamas lificantes y amorosas del mismo Espíritu Santo».

«Y desde este día, [...] mi alma se sintió como invadida de una manera especial por la presencia y la acción del Espíritu Santo; participando de su amor, y apercibiendo su toque amoroso en la médula de mi espíritu.

Abrasada en su fuego y encendida en sus frigerantes llamas, unida a mi Esposo divino, podía desahogar la necesidad, como infinita, que me consumía, de amar a las divinas Personas.

“ Así como otras veces he sentido más claramente al Padre o al Hijo, ahora es el Espíritu Santo el que, obrando en mí, me tiene encendida en sus llamas y abrasada en su amor, que me impulsa a entrar, con Él, en el Seno del Padre, para vivir allí la vida divina; sintiéndome, por transformación, amor que ama con el Espíritu Santo al mismo Dios en su ser y en sus personas.

Y esto lo experimento con tal fuerza, que, arrebatada y subyugada por el Amor Infinito, casi no acierto a saber si lo que yo experimento es al Espíritu Santo amando en mí, o yo que amo con el Espíritu Santo.

Él es “mi mío”, y yo soy “su suya”. Y en esta comunicación de amor, su amor infinito es el amor con el cual, en su seno y en el mío, yo me siento amar y me lanzo a amarle. Por lo que, en mis ratos de oración es tanto lo que

Dios obra en mi ser, que, toda robada por Él, me siento amor con su amor para amarle...

¡Mi Espíritu Santo!, si yo no te hubiera conocido, y no supiera que Tú eres el Amor Infinito con que se aman el Padre y el Hijo, tal vez ahora, al experimentar tan fuertemente tu amor en mi alma, podría separarte de las otras divinas Personas.

Pero, porque te conozco y sé que Tú eres el Amor con que el Padre, el Hijo y Tú mismo os amáis, sé que, al experimentar tu amor tan dulce, tierna y espiritualmente, es la experiencia del Padre y del Verbo que me están besando en Ti; y con el mismo amor que yo en Ti deposito, al mismo tiempo que ellos me aman, yo los amo en su seno.

Siento el susurro arrullador y silencioso de la embestida continua del Espíritu Santo sobre mi alma, besándome; y, al besarme Él, veo que es el Padre y el Verbo los que me están amando con su Amor espiritualmente amoroso e infinito, que es el Espíritu Santo.

Y noto que mi alma, en el arrullo acariciador de la Boca de la Trinidad, está mecida..., querida..., festejada..., engalanada..., enjoyada...; y todas las joyas que tiene es participación de Dios.

Siento que soy dueña de las tres divinas Personas. Las tres son mías, y cada una, y yo soy la que mando:

El Espíritu Santo es mío, el Padre es mío, y el Verbo es mío... ¡Son “mis míos”...!, ¡totalmente para mí...!

Lo que yo quiero, Dios lo quiere; lo que yo digo, Él hace. Y noto que esto pasa porque mi querer es su obrar divino poniendo su querer en mi alma ”».

«[...] Y el día 31 de enero de 1960, ahondada y profundizada en el misterio trinitario, inundada en las refrigerantes llamas del Espíritu Santo, sintiéndome fuego en su Fuego, amor en su Amor, y beso de pura transformación en su serse beso el Amor eterno en Dios; derretida de amor en la embestida infinita, amorosa, silenciosa, sabrosísima y de suavidad inimaginable del mismo néctar de la Divinidad; prorrumplía en mis poemas amorosos, expresando, unida al Verbo Infinito, la inefable excelencia del Amor eterno y su actuación en toque dulce..., fino..., penetrante y misterioso en la médula del alma:

“ ¡Oh, Dios trinitario!, ¡tan bueno...!; que yo necesito, metida en tu seno, mirarte en tu Vista, cantarte en tu Verbo, besarte en tu Boca y amarte en tu Fuego...!

¡Que yo necesito, con ansias eternas, mirarte sin velos!, ¡cantarte en tu Canto, amarte en tu Fuego...!

¡Que yo necesito, mi dulce Amor bueno, cantarte a las almas en tu seno...!

¡Que Tú necesitas, mi dulce Amor bueno, decirte a las almas en mi seno...!

¡Que yo soy pequeña y no puedo...! ¡Y mi entraña se abrasa en tu Fuego...! Y toda en-

cendida en tu Beso, ¡tan lento..., tan dulce..., tan tierno...!, ¡y en tanto silencio...!, que ni llorar puedo.

¡Espíritu mío...! ¡Inenarrable Gemido en mi seno...!; con voces eternas, enclaustrado, en silencio, ¡me besas...!, ¡te beso...! Y tu Beso es ¡tan bueno...!, ¡tan fino...!, ¡tan dulce...!, ¡tan hondo...!, ¡tan dentro y eterno!, que, en mi ser finito, ¡no puedo...!

¡Oh Llama que quemas en tierno silencio, en el centro del alma en tu suave fuego...!; ¡en este morir de amor al Dios bueno!, ¡en este besarme mi Dios, en su seno...!, mi ser pequeño ¡no puede, no sabe, no entiende tan extraño beso...! ¡Extraño de amor...!, ¡extraño de bueno...!, que, al besar mi entraña, toda me estremezco...

¡Ay qué Beso es Dios de eterno misterio, que besando al alma, la hiere en su centro, cual dulce cauterio...! ¡Ay qué Dios más hondo en su eterno Beso..., en su serse Vida..., en su serse eterno...!

¡Oh Amor...!, ¡mi Amor bueno...!, ¡que toda temblando en mi ser por el ímpetu eterno del tuyo, se siente mecida, besada y querida en tu Beso de eterno silencio...!

¡Ay qué amor es Dios de excelso misterio...! ¡Espíritu mío...!, en tu eterno silencio de serse mi beso, besando a mi alma en tu íntimo beso, toda estremecida..., toda conmovida..., me siento, en tu seno, tu seno ”».

Por los dones del Espíritu Santo y sus frutos, mi *alma-Iglesia* Católica y Apostólica, cimentada bajo la Sede de Pedro, se apercibe y siente esposa del Espíritu Santo;

mediante lo cual, Él fecundiza mi virginidad, dándome hijos para su gloria y haciéndome exclamar en mi ansia insaciable de glorificar al Infinito, enaltecida por Él y llena de gozo en el mismo Espíritu Santo:

¡Gloria para Dios! ¡Sólo eso! ¡Lo demás no importa!

«¡Ay brisa callada  
de tenues acentos...!  
¡Misterios silentes...,  
profundos secretos...!

Dios pasa besando  
en brechas de fuego;  
mi espíritu adora,  
envuelto entre velos,  
al Ser infinito  
en paso de Inmenso.

Sonoros romances...,  
divinos conciertos...,  
amores cercanos...,  
inédito ensueño...

Dios besa y espera  
en hondo silencio,  
y en fruto de hijos  
prorrumpo mi pecho,  
los cuales son gloria  
para el Coeterno.

¡Melodías dulces...,  
cercanos encuentros...!».

2-10-1974

Dios pone sus palabras en mi boca, y yo expreso como puedo, en la limitación de mi nada y bajo la fuerza de su ímpetu y el saboreo del néctar de la Divinidad, las palabras y mandatos que, mediante sus comunicaciones, El que Es me envía para que los manifieste.

El Espíritu Santo es mi mío y yo soy su suya; mientras que, bajo el impulso y la fuerza de su infinito poderío, realizo todo aquello que Dios pone en lo más profundo de la médula de mi espíritu para que se cumpla, mediante la proclamación de sus palabras puestas en mi corazón.

\*

Yo tengo fe; y creo que renovados por el Bautismo, la fe nos acerca al Sacramento de la Penitencia, por el cual, la purificación de nuestros pecados nos hace capaces de acercarnos al sublime Sacramento de la Eucaristía, instituido por el mismo Cristo en la noche de la Cena, cuando, amando a los suyos, y por ellos a todos los que recibimos sus dones eternos, «nos amó hasta el extremo» y hasta el fin:

«Durante la cena, Jesús cogió pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: “Tomad, comed: esto es mi Cuerpo”. Y cogiendo un cáliz, pronunció la acción de gracias y se lo pasó diciendo: “Bebed todos, porque ésta es mi Sangre, Sangre de la Alianza

derramada por todos para el perdón de los pecados»<sup>15</sup>;

concediéndonos por esto la vida eterna:

«Yo soy el Pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; éste es el Pan que baja del Cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el Pan vivo que ha bajado del Cielo: el que coma de este Pan vivirá para siempre. Y el pan que Yo daré es mi Carne, para vida del mundo»<sup>16</sup>.

Y también sé por mi vida de fe que hay que acercarse dignamente a recibir el Cuerpo de Cristo:

«Así, pues, quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma del Pan y beba del Cáliz; porque el que come y bebe sin distinguir el cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación»<sup>17</sup>.

Y porque tengo fe y creo con toda la fuerza de mi espíritu y la vehemencia de mi corazón en las palabras de Jesucristo, llena y repleta de sus infinitos dones; mi espíritu, penetrado de la coeterna e insondable sabiduría divina, experimenta que las palabras pronunciadas por Jesús en la Última Cena, obrando en mí lo que dicen, me van transformando de claridad en claridad en todas sus pronunciaciones, de for-

<sup>15</sup> Mt 26, 27-28.

<sup>16</sup> Jn 6, 48-51.

<sup>17</sup> 1 Cor 11, 27-29.

ma que puedo decir con el Apóstol, y especialmente después de recibir a Jesús Sacramentado y tenerlo en mi pecho:

«Vivo yo, mas no yo, sino que es Cristo quien vive en mí» «y Éste crucificado»;

el cual me hace experimentar la cercanía de su presencia en saboreo de su intimidad, y como el gozo de los Bienaventurados por el presunto de Eternidad.

«Siento en mi ser un misterio  
que no sé cómo será...,  
un silencioso secreto  
que tengo dentro del pecho  
*cuando voy a comulgar...*

Es dulzura y es requiebro,  
es ternura y es gozar,  
es toque del Infinito  
en hondo cauterizar,  
en romances del Eterno  
que cerca en su intimidad...

¡Ay, si pudiera decir,  
en mi modo de explicar,  
esto que vivo en mi hondura  
*cuando voy a comulgar...!*

Pero faltan las palabras  
en mi modo de adorar...  
¡Ay, lo que siento en el pecho  
*cuando voy a comulgar...!*».

10-1-1972

Y la presencia real de Jesús, dándoseme en comida y en bebida y haciéndome saltar de



gozo en el Espíritu Santo, me repleta tanto, que se llenan todas las apetencias de mi corazón; porque poseo al Todo en mi nada en requiebros de amores eternos, que introduciéndome en sus pensamientos divinos, ilumina mi pobre entendimiento; sabiendo a qué sabe Dios y gustando en intimidad de familia de la misma vida que Dios vive en delecto profundo de íntimos y dichosísimos requiebros de amor entre Dios y su pequeña Trinidad de la Santa Madre Iglesia;

haciéndome virgen con su virginidad, fecunda con su fecundidad universal, rica con su riqueza, hermosa con su hermosura...; repletando todas las apetencias de mi espíritu, creado por Dios para poseerle, y resacas y abrasadas en ansias como infinitas de su posesión en luz clara de Eternidad; confortándome y consolándome en la debilidad de mi pobre cuerpo enfermo, de modo que el sublime Sacramento realiza en mi interior aquello que Jesús también decía: «El que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna y Yo le resucitaré en el último día»<sup>18</sup>.

«Es sabor de Eucaristía,  
belleza de poesía  
lo que abrigo en mis entrañas;

Sabor de Pan escondido  
en manantial encendido  
por el Vino que embriaga.

Es comunión del Dios vivo  
que penetra lo cautivo  
de la médula del alma

---

<sup>18</sup> Jn 6, 54.

con el manjar succulento  
del que se da en alimento  
en donación del que ama.

Es precioso este sustento  
para el que vaga sediento  
tras las fuentes de las Aguas,

y se muere macilento  
por no encontrar alimento  
a las hambres de sus ansias.

¡Oh manjar de Pan y Vino!,  
al que encuentra su destino  
alimento que embriaga».

18-1-1973

Y porque mi fe se me hace viva y vivificante, en el Sacramento de la Eucaristía busco a Jesús Sacramentado, «como la cierva busca las aguas del cristalino arroyo»<sup>19</sup>; para saturarme, en la cercanía del Esposo divino de mi alma, del gozo dichosísimo de su presencia tras las puertas del sagrario, donde se oculta el Dios vivo durante todos los tiempos por si alguno viene a verle.

Y en su compañía y apoyada en su pecho, como el Apóstol San Juan en la Última Cena, repleto toda la necesidad como insaciable de amar y de ser amada, que Dios puso en el corazón del hombre para poseerle repletándole con su llenura.

---

<sup>19</sup> Sal 42, 1.

Y, como esposos enamorados, en dulces, tiernos e íntimos requiebros de amor, nos damos y retornamos nuestros dones en el romance amoroso más sublime, divino y divinizante que la criatura, durante este duro peregrinar, pueda llegar a experimentar, y que «a vida eterna sabe y toda deuda paga»<sup>20</sup>.

«Mi Cielo en el destierro  
son ratos de Sagrario,  
en melodías dulces  
de contactos sagrados,

donde, en horas silentes,  
con su paso callado,  
Dios abre los raudales  
de mi pecho sangrando,

y los convierte en gozo,  
siendo mi Cielo tanto,  
que apercibo al Dios vivo  
en mis dulces contactos.

Mi Cielo en el destierro  
son ratos de Sagrario».

9-9-1973

Junto a la Eucaristía todo lo suyo es mío, y todo lo mío es suyo; siendo Él mi mío y yo su suya.

Por lo que, adorante ante Jesús Sacramentado y acurrucándome en su pecho, bajo la experiencia sabrosísima de su presencia íntima y amorosísima, reconociéndole como el Unigénito

<sup>20</sup> San Juan de la Cruz.

de Dios, único Dios verdadero, reverente y prostrada, exclamo llena de sublime e inédito amor:

«¡Gracias, Jesús, por haberte quedado en la Eucaristía!; ¡yo te adoro!

¡Gracias, Jesús, por haberte quedado en la Eucaristía!; ¡yo te amo!».

\*

¡Yo tengo fe...! Por lo que, cuando mi cuerpo enfermo percibe que las fuerzas se le acaban y que próximamente puede sobrevenirle la muerte, marchando por las fronteras de la Eternidad a los Portones suntuosos de la Gloria para introducirme en la vida eterna; mi cuerpo jadeante, duramente dolorido, y mi espíritu lleno de gozo en el Espíritu Santo que me repleta de esperanza, recurre al Sacramento de la Santa Unción, que tantas veces he recibido en mi vida, siempre quebrantada y llena de enfermedades; las cuales me ponen en situaciones tan dramáticas, entre el Cielo y la tierra, entre la vida y la muerte.

Y una vez recibido, este celestial Sacramento me impulsa, en mi búsqueda incansable de sólo Dios, hacia la vida eterna; preparándome por si llega el encuentro definitivo con el Esposo de mi alma; colmando las esperanzas de mi vida en mi marcha veloz, que me hace correr presurosa, como en vuelo, hacia la Casa del Padre, consiguiendo la meta de mi vida consagrada a Dios, siempre jadeante, esperando el momento definitivo de ser introducida en las mansiones magníficas y suntuosas de la Eternidad «para

siempre»; donde el Esposo divino me espera para introducirme en el festín infinito de las Bodas eternas de Cristo con su Iglesia.

«¡Qué peregrinar más largo...!  
¡Qué nostalgias por tu encuentro...!  
¡Qué ansias por poseerte,  
en este vivir muriendo,  
en este clamar constante  
por encontrarte en tu seno...!

Parece que las entrañas  
se me resecan, pidiendo  
la llenura de mi vida  
en tu Manantial eterno,  
en la Luz de tu mirada,  
en la hondura de tu pecho.

Yo necesito meterme  
en tu divino Misterio,  
en la profundidad honda  
de tu infinito Cauterio,  
y, en él, quedar sumergida,  
cauterizada en su fuego.

¡Oh, qué urgencias por tenerte  
en mis urgencias muriendo,  
en mis nostalgias vividas,  
en mi torturante anhelo,  
para sentirme engolfada  
ya para siempre en tu seno...!

Es mi vivir tan divino  
y en tan terrible misterio,  
que, si no vienes piadoso  
y compasivo a mi encuentro,

de tanto y tanto tenerte,  
en tu posesión me muero,  
ante mi sed anhelante  
por poseerte sin velos».

17-6-1965

Y «esto será mañana», me repito constantemente a mí misma en mi búsqueda insaciable de dar gloria a Dios y vida a las almas; cuando mi peregrinar haya pasado y pueda decir con «Cristo, y Éste crucificado»: «Todo está cumplido»; «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu»<sup>21</sup>.

«¿Llegará un día...?  
¡Llegará!  
¿Que veré tu rostro...?  
¡Lo veré!  
¿Y estaré contigo...?  
¡Estaré!  
¿Y será por siempre...?  
¡Lo será!  
¿Y entraré en tu vida...?  
¡Entraré!  
¿Sin morir de gozo...?  
¡Sin morir!  
¿Y qué haré, mi Eterno?  
¡Yo lo sé...!

¿No será posible mirarte en la tierra?  
¡Silencio...! Nada me contestas...  
¿Por qué?».

15-11-1974

<sup>21</sup> Jn 19, 30; Lc 23, 46.

Yo tengo fe... Y por eso creo en el Sacramento de la Santa Unción y experimento sus dones y frutos; el cual nos quita y nos purifica nuestros pecados, preparándonos para el encuentro definitivo con Dios, y fortaleciendo y confortando no sólo nuestra alma, sino también nuestro cuerpo, suavizando la enfermedad, incluso curándola si no hubiera llegado el momento definitivo del encuentro con Dios, y preparándonos para ese encuentro.

«¿Alguno de vosotros enferma? Haga llamar a los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor, y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le levantará, y los pecados que hubiere cometido le serán perdonados»<sup>22</sup>.

Por lo que mi fe queda robustecida y confortada, preparándome, llena de esperanza y bajo el impulso y el amor del Espíritu Santo, para abrazar, en ese momento y en todos los momentos de mi vida, la voluntad de Dios, sea la vida o la marcha de este terrible y dramático peregrinar, la tierra o el Cielo.

«Es como una flecha aguda  
tu voluntad en mi pecho,  
que taladra mis entrañas  
con su sustancial cauterio.

Y es tan clara y transparente  
dentro de mi entendimiento,

<sup>22</sup> Sant 5, 14-15.

que, sin saber cómo es,  
toda mi vida, en lamento,  
es lanzada a realizar  
cuanto pones en mi seno.

Es impulso tu querer  
que me lanza sin tropiezo,  
sabiendo cuanto he de hacer,  
pudiéndolo todo hacerlo.

Porque tu querer, en mí,  
es siempre camino abierto  
y horizontes de alegría  
en frutos de almas repletos.

¡Yo quiero tu voluntad,  
aunque no entienda el misterio!».  
9-3-1977

\*

Yo tengo fe... Y porque ésta es para mí más cierta que lo que me puedan decir los sentidos y más clara que el resplandor del sol del mediodía, creo en el Sacramento de la imposición de las manos del Obispo con todos los poderes que el sacerdote del Nuevo Testamento, por ella, de Cristo recibe.

Por lo que veo en él al ungido de Dios que, por medio de los Sacramentos, es capaz, por su palabra sacerdotal, en y por el ejercicio de su sacerdocio, participando de la plenitud del Sacerdocio de Cristo, por el derramamiento sobre él de esta misma plenitud, de hacer lo que sólo el mismo Cristo puede hacer y realizar por

su potestad divina como Unigénito de Dios, hecho Hombre por la unión hipostática de su naturaleza divina y su naturaleza humana.

De tal forma, que el sacerdote del Nuevo Testamento, pronunciando las palabras del Divino Maestro en el momento de la Cena, cuando decía a sus Apóstoles: «Haced esto en memoria mía», perpetuando aquel momento; es capaz, por la transustanciación, de convertir el pan en el Cuerpo de Cristo y el vino en la Sangre del Divino Redentor; dándonos a «Cristo, y Éste crucificado», en comida y en bebida, Maná divino y manjar de vida eterna.

¡Oh sacerdote de Cristo!, al cual vi en el Gran Momento de la Consagración el día 18 de octubre de 1962; en el cual Dios, levantándome a la altura de la excelsitud del sublime Sacramento, durante el Sacrificio de la Santa Misa, me introdujo a contemplar lo que se realiza en aquel momento por las palabras del sacerdote del Nuevo Testamento, mediante los poderes que Dios da a sus ungidos.

Por lo que mi espíritu, lleno de reverencia, en postración adorante, exclamaba: «¡Oh! ¡si yo fuera sacerdote...!».

Comprendiendo y gozándome en que yo no era digna del sublime don que Dios había concedido a los ungidos con el óleo sagrado de la unción sacerdotal;

Y que de la plenitud del Sacerdocio de Cristo derramándose sobre mi pobre y pequeña alma, participando de la Maternidad universal de

María, en la limitación de mi pobreza y miseria, por María y con Ella, era esposa del Espíritu Santo y madre sacerdotal; por la universalidad que, según la voluntad divina, sólo por Dios conocida, el Infinito Ser, por los méritos de Cristo, había hecho recaer sobre mí.

Y Cristo fundó su Iglesia, encomendándola a los Apóstoles y sus Sucesores para perpetuarla durante todos los tiempos y conducirla bajo su amparo y pastoreo a verdes pastos:

«El Señor es mi pastor, nada me falta:  
en verdes praderas me hace recostar;

me conduce hacia fuentes tranquilas  
y repara mis fuerzas;  
me guía por el sendero justo,  
por el honor de su nombre.

Aunque camine por cañadas oscuras,  
nada temo, porque Tú vas conmigo:  
tu vara y tu cayado me sosiegan»<sup>23</sup>.

Y pido a Dios, confiando en su misericordia, que las ovejitas fieles del rebaño del Buen Pastor «no se extravíen tras los rebaños de sus compañeros»<sup>24</sup>. Porque, como decía San Pablo, «este tesoro lo llevamos en vasijas de barro»<sup>25</sup>, que en algún momento alguna de ellas se puede quebrar y romper por la fragilidad humana. Y por otra parte el mundo está lleno de confusión, y en el seno de la Iglesia se han filtrado

<sup>23</sup> Sal 22, 1-4.

<sup>24</sup> Ct 1, 7.

<sup>25</sup> 2 Cor 4, 7.

y se filtran salteadores disfrazados de ángeles de luz, «lobos rapaces vestidos con piel de oveja»<sup>26</sup>, para arrancar del seno de la Iglesia a sus hijos, confundidos por el vocerío tenebroso del «padre de la mentira»<sup>27</sup>.

«Aquel día que te vi,  
Iglesia, ¡cómo llorabas!  
con las cavernas abiertas  
que tu alma traspasaban.

A pesar de ser hermosa  
y con joyas repletada,  
los pecados de tus hijos  
tu rostro desfiguraban.

Pecados que son las manchas  
que tu hermosura profanan,  
por no saber el misterio  
en que, envuelta, te remansas.

Te he visto rompiendo en llanto,  
morena y desencajada,  
tirada en tierra y llorosa,  
jadeante y encorvada.

¡Oh, cuánto sufrí aquel día  
al verte abofeteada...!

¡Si yo te volviera a ver...!  
¿Cómo no te consolara,  
arrancándote tu pena,  
y Dios, al verte, gozara?».

19-10-1967

<sup>26</sup> Cfr. 2 Cor 11, 14; Mt 7, 15.

<sup>27</sup> Jn 8, 44.

Y al depositar Jesús en manos de sus Apóstoles los Sacramentos, llenándolos de todos los dones, frutos y carismas del Espíritu Santo para la expansión de la Iglesia y santificación de las almas; enviándoles a predicar: «Id a todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura; el que crea y se bautice, se salvará; el que no crea, se condenará»; «como el Padre me ha enviado, así también os envío Yo»<sup>28</sup>; les dio sus mismos poderes:

«Jesús, llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus impuros para arrojarlos y para curar toda enfermedad y toda dolencia». «A estos doce los envió Jesús, después de haberles instruido en estos términos: "... curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, arrojad a los demonios; gratis lo recibís, dadlo gratis"»<sup>29</sup>.

Pero tienen que tener fe:

«Al llegar ellos a la muchedumbre, se le acercó un hombre y, doblando la rodilla, le dijo: "Señor, ten piedad de mi hijo que está lunático y padece mucho, porque con frecuencia cae en el fuego y muchas veces en el agua; le presenté a tus discípulos, mas no han podido curarle". Jesús respondió: "¡Oh generación incrédula y perversa!, ¿hasta cuándo tendré que estar con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? Traédmelo acá". E increpó al demonio, que salió, quedando curado el niño desde aquella hora.

<sup>28</sup> Mc 16, 15-16; Jn 20, 21. <sup>29</sup> Mt 10, 1. 5. 6-8.

Entonces se acercaron los discípulos a Jesús y aparte le preguntaron: ¿Cómo es que nosotros no hemos podido arrojarle?”. Les dijo: “Por vuestra poca fe; porque en verdad os digo que, si tuvieris fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: ‘Vete de aquí a allá’, y se iría, y nada os sería imposible. Esta raza de demonios no puede ser lanzada sino por la oración y el ayuno”»<sup>30</sup>.

Por lo que yo sé y creo que sólo la Iglesia Católica y Apostólica, bajo la Sede de Pedro, es capaz de «atar y de desatar», de salvar a la humanidad caída, por los méritos de Cristo, el Unigénito Hijo del único Dios verdadero, de su misma sustancia y naturaleza divina.

Y es la Iglesia la que, en momentos difíciles de la humanidad, tiene el derecho y la obligación de ponerse, como Moisés, con los brazos extendidos, hecha una con «Cristo, y Éste crucificado», para implorar por todos los hombres «entre el vestíbulo y el altar», ejerciendo su sacerdocio.

Hay que pedir a la Iglesia que implore ante la Santidad de Dios ofendida, para que, derramándose en compasión de misericordia, nos libere de las maquinaciones de los hombres y de los desatinos de sus ocultos y tenebrosos pensamientos, ya que «los pensamientos de los hombres, ¡cuán vanos son!»<sup>31</sup>.

Y así los espíritus malignos estén bien atados bajo la Sede y el poderío de Pedro con los

<sup>30</sup> Mt 17, 14-21.      <sup>31</sup> Sal 93, 11.

demás Sucesores de los Apóstoles; para que no puedan quedar sueltos de sus cadenas, mediante la fortaleza de la Majestad divina derramándose sobre los Apóstoles, que, hechos uno con Pedro y con un mismo pensamiento, bajo su pastoreo, no sólo conducen al Rebaño del Buen Pastor hacia la Casa del Padre, sino que poderío les sobra, dado por Cristo, para expulsar a los demonios, atar y constreñir a los diablos, los cuales están esclavizados «bajo el escabel de sus pies»<sup>32</sup>.

Yo tengo fe... Y creo que Cristo hizo a Pedro piedra y fundamento sobre la que edificaría su Iglesia, sin que los poderes del infierno puedan prevalecer contra ella; confiándole el pastoreo supremo de todo su rebaño.

Yo tengo fe, porque soy hija de la Iglesia Católica y Apostólica, bajo la Sede de Pedro y unida a mis Obispos queridos.

Y bajo la confirmación de la palabra de Pedro y su seguridad, vivo feliz cimentada en las Columnas de la Iglesia, que son los Sucesores de los Apóstoles. Y bajo la Sede de Pedro camino segura hacia la Casa del Padre; pidiendo para que todos los Sucesores de los Apóstoles, siendo las Columnas de la Santa Madre Iglesia, del Nuevo Templo de Dios, la Nueva Jerusalén construida «no por manos de hombres, sino por el mismo Dios», se mantengan unidos como el

<sup>32</sup> Sal 109, 1.

Padre y el Hijo son uno en el amor del Espíritu Santo; y así el mundo conozca a Jesucristo.

«Yo les he dado tu palabra, y el mundo los aborreció porque no son del mundo, como Yo no soy del mundo. No pido que los quites del mundo, sino que los guardes del malvado. Ellos no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo. Santificalos en la verdad; tu palabra es verdad. Como Tú me enviaste al mundo, también Yo los envié a ellos al mundo. Y Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad»<sup>33</sup>.

\*

Yo tengo fe. Por lo que, recibiendo amorosamente las palabras del Divino Maestro:

«¿No habéis leído que el Creador, en el principio, los creó hombre y mujer: “Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne”? De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre»<sup>34</sup>;

he sentido tanta veneración, tanto respeto a la unión de los esposos, que, por el Sacramento del Matrimonio, queda santificada y elevada a un plano sobrenatural, que me hace exclamar con San Pablo: «Gran misterio es éste, que yo refiero a Cristo y a la Iglesia»<sup>35</sup>.

<sup>33</sup> Jn 17, 14-19.

<sup>34</sup> Mt 19, 3-6.

<sup>35</sup> Ef 5, 32.

Yo tengo fe... Y porque tengo fe mi alma salta de gozo ante las palabras de Dios a nuestros Primeros Padres en el Paraíso terrenal: «Creced, multiplicaos y llenad la tierra»<sup>36</sup>.

Pues «me viene a la mente, surgiéndome de lo más profundo e íntimo de mi corazón, una necesidad muy honda de comunicar y expresar aquello que quedó inscrito y como grabado en mi alma a fuego, ante la comunicación del día 21 de marzo de 1959; cuando Dios me hizo ver, de una manera profundísima, íntima y prolongada, cómo el Seno del Padre estaba abierto, ¡y de qué manera!, esperando la llenu- ra de los hijos creados a imagen y semejanza de lo que a Él le hace ser lo que es, en sí, por sí y para sí, en su subsistencia eterna y suficiencia infinita, trascendente y familiar;

para meterlos a participar en el gozo infinito y coeterno del que es bueno, que se goza en hacer felices a otros seres con su misma felicidad, dicha y disfrute eterno; y pudieran entrar, viviendo por participación, en la vida gloriosísima, dichosísima, eterna, divina y trascendente de su misma Divinidad, sida, poseída y disfrutada por Él en intercomunicación familiar y hogareña de vida trinitaria.

De forma que pudieran contemplar a Dios con sus mismos ojos, bajo los centelleantes fulgores de su sapiencial sabiduría; haciéndoles semejantes a Él; y, al contemplarle cara a cara, quedaran «transformados de claridad en claridad en aquello que contemplan»<sup>37</sup>; y, como fruto, rom-

<sup>36</sup> Gén 1, 28.

<sup>37</sup> Cfr. 2 Cor 3, 18.



pieran con el Verbo cantando, ¡con el Unigénito de Dios!, su canción, en las vibraciones amorosas, infinitas y coeternas del Espíritu Santo.

Mientras que yo, [...] ante tan alta y subida contemplación, por lo que estaba viviendo, descubriendo, saboreando y penetrando, exclamaba, como en una locura de amor, bajo la fuerza, el ímpetu y el amor del Espíritu Santo:

“¡Almas para Dios! ¡Hijos para su seno!”.

Lo repetía y repetía... Y mientras más lo repetía, más aumentaba la necesidad que tenía en mi espíritu de buscar almas para Dios».

«Y, sumergida en la misma Divinidad, trascendida y trascendiendo, contemplaba el misterio recóndito y trascendente del que Es, en la intimidad de su Familia Divina; sída y poseída en su solo acto de ser, infinita y eternamente subsistente y suficiente, que hace romper a todos los Bienaventurados en una exclamación de júbilo de amor ante la llenura de la posesión de Dios, en adoración de reverente postración en su éxtasis de amor, sobrepasados por la excelencia excelente del que es bueno, siéndose lo que es y haciéndolos felices con la posesión, en participación, de su misma vida divina».

«Bendito sea Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los Cielos;

por cuanto que en Él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante Él en el amor;

y nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para la alabanza del esplendor de su gracia, que nos otorgó gratuitamente en el Amado;

en quien tenemos la Redención por su Sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia, que superabundantemente derramó sobre nosotros con toda sabiduría e inteligencia»<sup>38</sup>.

Por lo que el día 17 de junio de 2003 exclamaba: «Hijos amadísimos de la Santa Madre Iglesia: ¡Almas pido para llenar el Seno del Padre!, según su eterna voluntad lo deseó y determinó cuando, al crear a nuestros Primeros Padres, los hizo los reyes de la creación; y, poniendo en ellos la apetencia y necesidad de unirse en el amor, los hizo capaces de colaborar en la creación de criaturas racionales, a imagen y semejanza de la misma paternidad divina, bajo estas sublimes palabras: “Creced, multiplicaos y llenad la tierra”.

Fin principal para el cual Dios puso en el amor conyugal de los esposos la exigencia de unirse tan íntimamente que sean una sola carne; para que, colaborando con el mismo Dios en los planes de la creación, y, como fruto de esa unión, procreando, llenaran la tierra de hombres, almas para Dios, hijos para su seno, que está abierto, esperando su llenura.

---

<sup>38</sup> Ef 1, 3-8.

Siendo tan sublime este misterio, que Dios mismo capacita al hombre para que, por el don gratuitamente recibido de lo Alto, colabore con Él a crear criaturas que, a imagen y semejanza del mismo Dios, puedan llegar a poseerle.

Por lo que hoy, ante la conciencia que Dios pone en mi espíritu en relación a sus planes eternos sobre la humanidad –los cuales yo tengo que manifestar, por voluntad divina, como el Eco pequeño y diminuto, pero vivo y palpitante, de la Madre Iglesia–, y ahora con relación a cuanto vengo diciendo sobre la unión conyugal por el Sacramento del Matrimonio; pido a cuantos quieran escuchar lo que, de parte del que Es, tengo que comunicar, pero de modo especial a los miembros del Cuerpo Místico de Cristo:

que se vayan haciendo conscientes y consecuentes de lo que el Infinito Ser soñó con relación a ellos cuando les creó para que, unidos, dando gloria al mismo Dios, llenen sus designios y planes eternos mediante el cumplimiento de su divina voluntad, que espera con su seno abierto su llenura con los hijos creados –mediante la colaboración de los esposos–, sólo y exclusivamente para poseerle, dándoles a vivir de su misma vida, bebiendo en los refrigerantes torrentes de sus manantiales divinos, saciándoles en el convite gloriosísimo y coeterno de su misma divinidad».

«Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él.

Queridos: ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es»<sup>39</sup>.

«Ráfagas de gloria,  
en brechas de Cielo,  
surgen de la hondura  
de mi pensamiento.

Una vida inmensa  
descubro entre velos,  
cuando busco, en sombras,  
el fin de mi vuelo.

Unas lumbres claras,  
cual claros luceros  
en centelleantes  
pupilas en fuego,  
vislumbro, si busco  
al que espero.

¡Una vida inmensa  
tras de mi destierro!».

16-2-1973

«Y mientras contemplo los misterios de Dios y sus planes y designios eternos, que me pide almas para repletar su seno abierto, con los hijos que el hombre ha de darle en el matrimonio, y hacerles participar de la misma vida que Él vive; veo la desoladora destrucción que causan los planes terroríficos y diabólicos, que se van apoderando del corazón y del pensamiento de los hombres.

<sup>39</sup> 1 Jn 3, 1-2.

E intensa y profundamente acongojada, vuelta al Infinito Creador, con la Santa Madre Iglesia tirada en tierra y llorosa, jadeante y encorvada, desde su grandeza a mi pequeñez, hecha una con “Cristo, y Éste crucificado”, imploro a Dios su divina clemencia, llena de misericordia.

Ya que, después de haber visto caer a Luzbel al Abismo tenebroso e insondable que se abrió para él ante su rebelión contra el Infinito Creador, y después que, tras el camino de la vida, vi que los hombres caían precipitada y despavoridamente en el Abismo abierto para los que, como el diablo, le dicen a Dios que “no”; vivo entre penares de muerte y agonías terribles de Getsemaní, como el Eco de la Iglesia, con mi cántico de Iglesia, clamando: “¡Almas para Dios! ¡Hijos para su seno!”».

«Apreturas reprimidas  
en la hondura de mi pecho,  
con silencios prolongados  
en encierros de misterios...

¡Dios sabe las agonías  
de mis clamores en duelo  
por la urgente petición  
de su palabra en mi seno!

¿Qué importa que yo me muera  
sin expresar mis anhelos,  
si mi trofeo es la cruz  
en conquista del Eterno?

Son extraños los penares  
de la lucha de mi vuelo;

sólo Dios sabe el porqué  
de cuanto oprimo en secreto.

Largas son mis agonías  
en torturantes tormentos,  
vagando, como extranjera,  
a lo largo del destierro.

Extrañez siento en mi vida  
de cuanto a mi lado tengo,  
pues soy distinta y distante,  
por vivir Gloria en el suelo;  
¡opresiones torturantes  
en peticiones de Inmenso!  
que, al no poder contenerlas  
por más tiempo en mis adentros,  
hacen que prorrumpa en llanto,  
suspirando por el Cielo.

Son profundos mis penares  
tras la noche de mi encierro.  
¡Duras son mis agonías,  
por mi clamar en silencio!».

Abril 1975

«Por lo que, a veces, cuando veo a los esposos cristianos pensando, contando y poniendo número a los frutos del amor que les une en matrimonio haciéndolos una sola carne, me siento desalentada; porque, tal vez, no haya podido expresar aún, antes de morirme, la trascendencia trascendente de los planes de Dios, realizados en correspondencia total e incondicional a lo que Él quiso y soñó de todos los hombres y de cada uno de nosotros.

Por eso, y por mucho más que no acabaría, si siguiera adelante evocando y manifestando los designios del Coeterno Ser sobre los esposos, y la grandeza de su matrimonio, exclamo:

Dadle hijos como Dios os pide y me pide, para que vivan, mediante la gracia, por participación, de su misma vida, y se pueda plasmar en ellos la voluntad de beneplácito de Dios según su pensamiento divino lo soñó desde toda la eternidad.

Para que cuando llegue el día de la Eternidad, que es mañana, ¡mañana, no más!, hijos queridísimos y entrañablemente amados, hayáis dado a Dios no los hijos que, según vuestros cálculos, son necesarios y suficientes, sino los que Él pensó y necesitó recibir de cada una de sus criaturas racionales, y de los miembros de la Iglesia, cuando nos creó y predestinó para cumplir sus planes eternos, llenos de designios infinitos, para todos y cada uno de los hombres».

«Los pensamientos de los hombres, ¡cuán vanos son!»; el pensamiento de Dios, ¡qué infinito, qué divino, qué amoroso y qué eterno!, inclinándose hacia la humanidad caída, en compasión de misericordia y ternura infinita mediante la Encarnación del Verbo, que se inmoló en reparación cruenta y redentora.

Es Dios el que ha determinado y tiene que determinar la realización de sus planes eternos sobre cada uno de los hombres. Y sólo así, cuando se presenten ante Él, habrán llenado completamente el fin para el cual han sido creados,

con relación a sus vidas unidas en matrimonio para siempre con el fin de darle “¡hijos para Dios!; ¡almas para su seno!”».

«*Quisiera* ser donación  
que nunca nada pidiera,  
que siempre a todos se diera  
en total inmolación.

*Quisiera* ser, con mi Esposo,  
Eucaristía callada,  
por el silencio sellada  
en sacerdocio amoroso.

*Quisiera*, con fuerte ardor,  
ser sacrificio incruento,  
donándome en alimento  
para gloria del Amor.

*Quisiera*... –¡cuánto quisiera!–,  
que mi vida consagrada  
fuera por Dios aceptada  
sin que nadie lo supiera.

*Quisiera* que tanto amara,  
que, postrada en rendición,  
fuera toda adoración  
que al Inmenso reparara.

*Quisiera* que, ante Dios puesta,  
la Infinita Majestad  
tuviera en mi lealtad  
incondicional respuesta.

*Quisiera*... –¡cuánto quisiera!–  
que mi ilusión reprimida  
fuera rompientes de vida  
para todo el que me oyera.

¡Cuánto quisiera, Señor...!  
Pero Tú no me hagas caso;  
si es que el fuego en que me abraso  
me hace delirar de amor».

4-7-1975

Mientras que yo, unida con Cristo en desposorio eterno desde el día de mi consagración, quiero ser una con Él, sólo para Él, descanso de su corazón y consuelo que busca, apoyada en su pecho, darle gloria y hacerle sonreír, como esposa locamente enamorada de mi Esposo divino. El cual es mi mío y yo soy su suya, sólo para Él, por mi desposorio con el Esposo eterno:

«Mi Amado es para mí y yo soy para Él. Pastorea entre azucenas.

Antes de que refresque el día y huyan las sombras, vuelve, Amado mío, semejante a la gacela o al cervatillo por los montes de Beter»<sup>40</sup>.

«Vi, y he aquí el Cordero, que estaba sobre el monte de Sión, y con Él ciento cuarenta y cuatro mil, que llevaban su nombre y el nombre de su Padre escrito en sus frentes; y oí una voz del Cielo, como voz de grandes aguas, como voz de gran trueno; y la voz que oí era de citaristas que tocaban sus cítaras y cantaban un cántico nuevo delante del trono y de los cuatro vivientes y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino los ciento cuarenta y cuatro mil, los que fueron rescatados de la tierra.

<sup>40</sup> Ct 2, 16-17.

Éstos son los que no se mancharon con mujeres y son vírgenes. Éstos son los que siguen al Cordero adondequiera que va. Éstos fueron rescatados de entre los hombres, como primicias para Dios y para el Cordero, y en su boca no se halló mentira; son inmaculados»<sup>41</sup>.

Y vivo feliz y me siento la criatura más privilegiada del mundo, entregada incondicionalmente a Cristo por mis votos eternos de castidad, pobreza y obediencia a los que representan a Dios para mí, los Sucesores de los Apóstoles, a los cuales Cristo encomendó su Iglesia.

Y por la voluntad del Padre y en el amor del Espíritu Santo soy madre espiritual de las almas y doy hijos a Dios, almas para su seno.

«¡Qué unión la del Amor en nuestras almas...!  
¡Qué unión cuando nos une en su Misterio...!  
¿Quién podrá comprender cómo Dios une,  
cuando es obra de amor para su Reino?

El Amor besa al alma,  
sin saberlo;  
ésta se siente madre  
en su cauterio,  
y el mismo Amor que la fecundizó  
le introduce los hijos en su seno.

Y entonces, ¡oh, qué unión!  
en secreto,  
pues, donde mora Dios  
en su aposento,

<sup>41</sup> Ap 14, 1-5.

se siente madre el alma con sus hijos,  
siendo unos, en Él, con gozo eterno».

18-5-1966

\*

Yo tengo fe. Y porque tengo fe me siento descendencia de Abraham, hija y heredera de la Promesa que Dios hizo a su alma según el mismo Dios nos lo manifiesta a través de las lecturas de las Sagradas Escrituras en la Santa Misa de estos días:

«Hermanos: No fue la observancia de la ley, sino la fe, la que obtuvo para Abraham y su descendencia la promesa de heredar el mundo. Por eso, como todo depende de la fe, todo es gracia: así la promesa está asegurada para toda la descendencia, no solamente para la descendencia legal, sino también para la que nace de la fe de Abraham, que es padre de todos nosotros.

Así lo dice la Escritura: “Te hago padre de muchos pueblos”. Al encontrarse con el Dios, que da vida a los muertos y llama a la existencia lo que no existe, Abraham creyó. Apoyado en la esperanza creyó, contra toda esperanza, que llegaría a ser padre de muchas naciones, según lo que se le había dicho: “Así será tu descendencia”.

Hermanos: ante la promesa de Dios, Abraham no fue incrédulo, sino que se hizo fuerte en la fe por la gloria dada a Dios al persuadirse de que Dios es capaz de hacer lo que promete, por lo cual le fue computado como

justicia. Y no sólo por él está escrito: “le fue computado”, sino también por nosotros a quienes se computará si creemos en el que resucitó de entre los muertos, nuestro Señor Jesús, que fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación»<sup>42</sup>.

«Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Los que os habéis incorporado a Cristo por el Bautismo, os habéis revestido de Cristo. Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abraham y herederos según la promesa»<sup>43</sup>.

\*

Yo tengo fe, porque soy Iglesia y, dentro de ella, el Eco de esta Santa Madre, y antes dejaría de ser alma que de ser Iglesia Católica, Apostólica y cimentada bajo la Sede de Pedro.

Yo tengo fe... Y porque reconozco en la Iglesia y recibo de ella todos los dones y frutos que el único Dios verdadero, por su Unigénito Hijo, Jesucristo, su enviado, dio a mi Santa Madre; confieso, mediante mi vida de fe, llena de esperanza y abrasada en el amor del Espíritu Santo, al único Dios verdadero, que a mí, la más pequeña de la hijas de la Iglesia y, como dice el Apóstol San Pablo, «como un abortivo», se me ha revelado de tan distintas y diversas maneras, enviándome:

<sup>42</sup> Rm 4, 13. 16-18; 20-25. <sup>43</sup> Gál 3, 26-29.

«¡Vete y dilo...!»; «¡Esto es para todos...!»;  
«¡El que Es me envía a ti...!»;

Para que manifieste en mi canción de Iglesia, «con ocasión y sin ella»<sup>44</sup>, cuanto El que Es me ha encomendado, a los hombres de todo pueblo, raza y nación, repitiendo con el Apóstol San Pablo:

«A mí, el más insignificante de todo el Pueblo santo, se me ha dado esta gracia: anunciar a las naciones las insondables riquezas de Cristo y poner en plena luz la realización del Misterio, oculto desde los siglos en Dios, Creador de todo, para que por medio de la Iglesia aparezca la multiforme sabiduría de Dios según el designio eterno, realizado en Cristo, Señor nuestro, por quien tenemos libre y confiado acceso a Dios por la fe en Él»<sup>45</sup>.

Yo tengo fe inquebrantable, recibida por medio de los Apóstoles y sus Sucesores.

Y, porque tengo fe, creo que Dios se nos da por su unigénito Hijo Jesucristo mediante el misterio de la Encarnación del Verbo, realizado tan sólo por obra y gracia del Espíritu Santo en el seno de Nuestra Señora toda Virgen, toda Madre, toda Blanca de la Encarnación; y que el misterio de la vida, muerte y resurrección de Cristo, se nos perpetúa dentro y en el ánfora anchurosa, repleta y saturada de Divinidad, santa y santificante, de la Santa Madre Iglesia para salvación de toda la humanidad, con corazón

<sup>44</sup> 2 Tim 4, 2.

<sup>45</sup> Ef 3, 8-12.

de Padre, canción de Verbo y amor de Espíritu Santo.

«Vivo llena de nostalgias  
en clamores de mi Amado,  
saboreando su encuentro  
en tiernos toques sagrados.

Yo sé que Él vendrá a buscarme  
en el día señalado,  
para llevarme a sus bodas  
en festín de enamorados.

Oigo su paso en la noche,  
apercibo sus contactos,  
y sé que viene a mi encuentro  
como Jayán en celado.

Nada hay en mi interior  
que no esté a Dios consagrado,  
viviendo en festín de amores  
el Inmenso con su heraldo.

Mi voz es dulce a su amor,  
Él me escucha cautivado,  
porque oye, en mi canción,  
las glorias de su reinado.

Conquistador de mi vida,  
que, cual gladiador luchando,  
ganar supiste el trofeo  
de mi pecho lacerado;

yo te esperaré en mis noches  
sin que me rinda el cansancio,  
porque el amor es mi fuerza  
para esperar al que amo.

¡Nadie cortará mi vuelo  
cuando, impelida, me lanzo  
tras el Esposo infinito,  
que siempre me está llamando!

¿Qué es la prueba y la fatiga,  
si, reclinada en mi Amado,  
apercibo los latidos  
de su pecho taladrado...?

¡Yo me abraso en las nostalgias  
de aquel encuentro anhelado  
que me prometió el Dios vivo  
por el poder de su brazo!

Amador de mis amores,  
esperando, ¡yo te amo!».

Noviembre-1975

5-7-2001

**POR LA FE INQUEBRANTABLE  
DE ABRAHAM  
ANTE LAS PROMESAS DE DIOS,  
TODAS LAS GENERACIONES  
HAN SIDO BENDECIDAS MEDIANTE  
EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN,  
EN EL CUAL Y POR EL CUAL  
«EL VERBO SE HIZO CARNE  
Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS»<sup>1</sup>,  
RECONCILIADOR INFINITO,  
EN Y POR LA PLENITUD  
DE SU SACERDOCIO,  
ENTRE LA CRIATURA Y EL CREADOR**

¿Cómo podría yo esta mañana, en la cual mi alma se ha sentido tan profunda y entrañablemente unida a nuestro Padre Abraham, especialmente durante la lectura del Antiguo Testamento, tan maravillosa como dramática, sobre la petición de Yahvé con relación al sacrificio de su hijo Isaac, no proclamar, desde la ruindad de mi nada y la miseria y la pobreza de mi pequeñez, la grandeza de la fe del Patriarca...!;

---

<sup>1</sup> Jn 1, 14.



rompiendo en cánticos de alabanza sobre aquél en el que serían bendecidas todas las naciones de la tierra; predestinado por Dios con predilección eterna e infinita desde el principio de los tiempos para ser el «Padre de todos los creyentes»<sup>2</sup>;

y de cuya descendencia nacería, según la carne, el Salvador de la humanidad, el Ungido de Yahvé, de la estirpe de David, «Rey de reyes y Señor de los que dominan»<sup>3</sup>; el Libertador que nos rescataría, liberándonos de la muerte que cayó sobre los hombres por el pecado de nuestros Primeros Padres; y levantándonos a la vida nueva para la cual Dios nos creó a su imagen y semejanza, en su pensamiento divino, lleno de designios eternos de amores infinitos, sólo y exclusivamente para que le poseyéramos.

¡Cómo se ha estremecido esta mañana lo más recóndito de mi espíritu y la médula de mi alma ante la lectura de la Santa Misa; llena de amor y santo orgullo por nuestro Padre Abraham, que no se reservó nada para sí, estando dispuesto a ofrecer en sacrificio a su «único» hijo, su «primogénito», el hijo de la gran promesa hecha por Yahvé a su alma;

y que, aun en medio de la más terrible y desconcertante tribulación, nunca dudó –titubeando– de la palabra que Yahvé había inscrito en su alma!

Y «esperando contra toda esperanza», y confiando en la prueba de fe más terrible y espe-

<sup>2</sup> Rm 4, 11.

<sup>3</sup> Ap 19, 16.

luznante que Dios haya podido pedir en la humanidad a ninguna pura criatura, después de la Virgen, alzó su mano valerosamente, ¡sin titubear!, ¡sin dudar!, para sacrificar, con el alma desgarrada, en la más dura, dramática e inconcebible inmolación, a su propio hijo; el cual, no sólo era el hijo de todas sus complacencias, ¡sino el heredero de las promesas de Dios, reiteradamente hechas a su alma...!; sabiendo y confiando, con fe firme y paso valeroso, que las promesas de Dios son irrompibles, se perpetúan «de generación en generación», y nunca dejan de cumplirse.

«En aquellos días, Dios puso a prueba a Abraham, llamándole: “¡Abraham!”. Él respondió: “Aquí me tienes”. Dios le dijo: “Toma a tu hijo, el único, al que quieres, a Isaac, y vete al país de Moriá y ofrécemelo allí en sacrificio en uno de los montes que yo te indicaré”.

Abraham madrugó, aparejó el asno y se llevó consigo a dos criados y a su hijo Isaac; cortó leña para el sacrificio y se encaminó al lugar que le había indicado Dios. El tercer día levantó Abraham los ojos y descubrió el sitio de lejos. Y Abraham dijo a sus criados: “Quedaos aquí con el asno; yo con el muchacho iré hasta allá para adorar, y después volveremos con vosotros”. Abraham tomó la leña para el sacrificio, se la cargó a su hijo Isaac, y él llevaba el fuego y el cuchillo. Los dos caminaban juntos. Isaac dijo a Abraham, su padre: “Padre”. Él respondió: “Aquí estoy, hijo mío”. El muchacho dijo: “Tenemos fuego y leña, pero, ¿dónde está

el cordero para el sacrificio?”. Abraham contestó: “Dios proveerá el cordero para el sacrificio, hijo mío”. Y siguieron caminando juntos.

Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abraham levantó allí el altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces Abraham tomó el cuchillo para degollar a su hijo; pero el Ángel del Señor le gritó desde el cielo: “¡Abraham, Abraham!”. Él contestó: “Aquí me tienes”. El Ángel le ordenó: “No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ahora sé que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, tu único hijo”»<sup>4</sup>.

¿Qué experimentaría el alma santísima de nuestro Padre Abraham, escogido y privilegiado por Dios para que en su descendencia fueran bendecidas todas las naciones por el Mesías Prometido...?!

¿Cuántas cosas pasarían por su mente en aquel camino largo, por el cual condujera a su hijo a la inmolación cruenta del sacrificio de su vida, para ofrecérselo a Yahvé como himno de renuncia, amor, entrega y alabanza; quedando con ello como destruidas todas las promesas que, sobre su hijo Isaac, el mismo Dios le había anunciado y prometido que realizaría...!

¿Qué experimentaría en lo más profundo de la médula de su espíritu nuestro Padre Abraham ante la petición de Dios, como llena de con-

<sup>4</sup> Gén 22, 1-12.

tradicción; y que él aceptaba con fe inquebrantable de que serían cumplidas sus promesas, tal como Yahvé se lo había manifestado, al mismo tiempo que caminaba con la firmeza y la determinación absoluta de ofrecer en sacrificio al hijo de la promesa...?!

¿Qué sentiría su corazón desgarrado, en lo más recóndito de su espíritu, que, confiando en Dios con fe firme y certera, no dudaba de las promesas de Yahvé, que había hecho recaer sobre él y su descendencia para siempre; al mismo tiempo que iba a ofrecer en sacrificio a su «unigénito» hijo, que le había nacido en la vejez de modo tan milagroso, por medio de Sara, ya estéril; sobre el cual recaían todas aquellas promesas hechas por el mismo Dios a su alma, y que ahora tenía que sacrificar...?!

¿Qué momento más peligroso para su inmovible fe, más dramático, más desconcertante para su alma dolorida y desgarrada, y para su brazo extendido y sin vacilar, alzando a Dios su mirada para, valerosamente, ofrecerle no sólo a su propio hijo, sino cuanto en él y por él le había sido prometido!

¿Cosa más terrible que mil muertes para el corazón del hombre que conoce los pensamientos de Dios que le han sido revelados, y que, aparentemente, se le convertían en una insospechada e inimaginable contradicción!

¿Y cómo no va a comprender mi alma, y a sintonizar con los más íntimos e incommunicables sentimientos de nuestro Padre en la fe;

acrisolada, triturada y como demolida tantas veces por la terribilidad de las pruebas, unas más intensas, otras menos, que Dios permitió que se cernieran sobre mí...?!

En el prólogo al libro titulado «La noche de la vida» escribía:

«En su primera parte es todo él manifestación de las experiencias de la gran prueba espiritual de mi vida. Noche terrible por la que el Señor me quiso hacer pasar, para acrisolarme a fuego lento durante largo tiempo, en el cual las experiencias tristes, amargas y dolorosas de mi alma fueron indescriptibles. Noche cerrada en prueba escalofriante que me tenía en cada momento colgada y cogida sólo y exclusivamente por un “sí” incondicional a la voluntad de Dios, que todo lo hace o permite para el bien de los que ama.

Enfermedades del cuerpo y pruebas terribles del espíritu, amarguras sin consuelo y desolación aparentemente sin amparo; pero, por una misericordia de Dios, sin cambiar ni un ápice la firmeza de mi corazón, que, en un “sí” constante y aniquilador, respondía al Amor Infinito, recordando aquella frase de la Sagrada Escritura: “¡Es tremendo caer en las manos del Dios vivo!”<sup>5</sup>.

Sentía el azote del Padre, como Cristo en la cruz, en el más amargo y desolador de los desamparos; recordaba las frases de Jesús: “Dios

<sup>5</sup> Heb 10, 31.

mío, Dios mío..., ¿por qué me has desamparado...?»; y, “si es posible, pase de mí este cáliz”<sup>6</sup>. Y también, con Él, repetía entre sollozos resacos que me salían de lo más profundo del corazón: “Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”<sup>7</sup>.

Y más adelante, también, en los diversos temas de este libro, describía más detalladamente los horrores como de infierno de esta prueba interior caída sobre el alma:

*(Fragmentos)*

«Mi alma está pendiente en el abismo... Clamo continuamente por Ti, ¡y no me respondes...! Te marchaste y me dejaste herida... ¡Estoy herida de muerte...!

La desolación me envuelve, la prueba me cerca por todas partes, la sensación de verme incomprendida es total. Clamo a Dios y se hace el sordo conmigo... ¡No tengo dónde acudir...! Estoy desencajada de tanto buscar “un resguardo contra el torbellino y la tempestad”<sup>8</sup>. El enemigo se aprovecha, sugiriéndome que estoy “sola”, sin solución, y que he perdido a Dios para siempre.

Todo lo que me sucede es sin forma, porque yo siento a Dios en el fondo profundo de mi espíritu, moliéndome y cerniéndome como el trigo... Sólo lamentaciones de Job y de Jeremías podrían salir de mi boca, porque el estado en

<sup>6</sup> Sal 21, 2; Mt 26, 39. <sup>7</sup> Lc 22, 42. <sup>8</sup> Sal 54, 8.

que me encuentro no sé a qué lo podría comparar... He perdido a Dios, aparentemente, y con Él lo he perdido todo.

Estoy en una congoja inexplicable que sólo Dios puede consolar y sólo Él puede quitar; y cuando a Él recurro, me responde en burla el silencio: “¿Dónde está tu Dios...”, “Aquel con quien vivías en dulce intimidad?”<sup>9</sup>. Aquel de quien yo sabía que eran sus amores más suaves que el vino; Aquel que yo conocía entre millares, solamente con el aire de sus perfumes, al pasar cerca de mí...

¡Oh alma mía, ¿cómo viniste a tan gran desolación? ¿Qué pasó entre ti y el Amor infinito? ¿Cuándo vendrá el Esposo para unirse a Él aquí o allí...? Todo esto queda en la incógnita y en el silencio de la incomprensión. Mi sensación es que he perdido a Dios para siempre y que ya nunca sabré más de Él...».

«Te perdí, sin saber por qué; te busco, no sé dónde; te espero, no sé cuándo; te llamo, y no respondes... ¡Estoy reseca en ansias de Ti...!».

«Día tras día voy caminando por el camino de la cruz, a oscuras, bajo la incomprensión más atroz. Estoy sola y desamparada. El enemigo no para, no deja de torturarme. “Perros numerosos me cercan por todas partes”<sup>10</sup>, y yo sólo vivo pendiente de tu voluntad, que ahora, experimentalmente, es para mí amarga como la hiel».

<sup>9</sup> Sal 60, 4; 54, 15.

<sup>10</sup> Sal 21, 16.

«La mano de Dios pesa fuertemente sobre mí y su poder me aplasta. Mi pequeñez se asusta, mi ser tiembla. Toda yo me estremezco y clamo al Dios de mi corazón: ¿Dónde estás? ¿Dónde estás para ir a buscarte hasta logarte encontrar...?».

«¡Qué terrible, Señor, la situación en que me veo...! ¡Cómo suspiro clamando por tu encuentro feliz...! ¿Volveré a encontrarte? ¿Tardarás mucho...? ¡Ven a mí, Señor, porque te necesito para no desfallecer ante tanto pavor...!»

¡Dios de mi corazón...! ¡¿Dónde estás?!».

«Ante toda esta borrasca que tengo encima, mi confianza está en Ti... “Tú eres la roca fuerte contra el enemigo...”<sup>11</sup>. Tú eres “mi fortaleza y mi libertador”, sé que “estás conmigo”<sup>12</sup>, porque la fe me lo dice. Sé que me amas y que nunca me dejarás... Pero sé como nunca que soy pequeña y que soy capaz de todo».

«Vivo colgada de la Infinita Providencia, de la cual espero en cada momento las fuerzas para poder seguir adelante, confiando solamente en el amor que el Señor tiene a los suyos; y espero, aunque como sin esperanza, que Él vendrá.

Amo, sin experimentar amor, a lo único que amo en mi vida. Confío, sin sentir confianza, en el que sé que me dará todo lo que me conviene. Sé que Dios es mi Padre y no me dejará sola en tan gran aprieto; aunque lo único

<sup>11</sup> Cfr. Sal 60, 3.

<sup>12</sup> Sal 17, 2; 22, 4.

que experimento es una soledad terrible que hasta decirlo y pronunciarlo me da miedo... Señor, espero, ¡pero estoy asustada! Señor, te amo, pero no sé qué clase de amor es el mío.

También siento dentro de mí un gran deseo de buscar sólo la voluntad de Dios, y por eso soy incapaz de pedirle que me quite todo esto. Cuando voy a Él, aplastada por el peso de mi cruz sin Cristo, le busco aunque sea en ella, y, al no encontrarle, siento deseos de salir corriendo y buscar quien me ampare; y entonces creo que una fuerza interior, porque tampoco siento ninguna fuerza, me impulsa a decirle a Dios que me tenga así hasta cuando Él quiera, que me libre de las garras del enemigo, y que sólo sea yo un *fiat* a su voluntad infinita, por el tiempo, modo y circunstancias por las que Él me quiera hacer pasar...

Esto, como soy pequeña, se lo digo temblando de miedo y casi llorando. Digo “casi”, porque, por la apretura del espíritu, ni llorar puedo...».

«Mi amor a las almas, a la Iglesia, a mis Obispos queridos, a mis sacerdotes, a mis almas consagradas, a los negritos, a los amarillos, está encendido en mi ser, pero no para amarlos con amor sensible, sino para ofrecer todo esto por ellos en muerte y destrucción completa, sin más experiencia ante mi dolor que el silencio...».

«—No entra dentro de mí el poder desear que me libres de mi prueba, porque cuando parece que toda yo voy a reclamar tu luz o tu

vuelta, mi espíritu grita: “¡Si es posible pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya!”<sup>13</sup>, ya que lo único que deseo es estar ofrecida por la Iglesia y ser recibida por Ti según tu voluntad».

«¡Volvió a llorar mi alma  
en llanto contenido,  
en lamento callado  
y en penar dolorido!

¡Volvió a llorar mi alma...!  
Sólo Dios es testigo  
del porqué silenciado  
de mi pecho oprimido.

¡Volvió a llorar mi alma  
con tan hondo gemido,  
que sentí que sangraba  
en místico sentido!

Volvió a llorar mi alma,  
“allí”, donde yo abrigo  
misterios del Eterno,  
sólo por Él sabidos.

Volvió a llorar mi alma  
del modo indefinido  
que me pone muriendo  
sin encontrar alivio.

Volvió a llorar mi alma,  
y yo misma, al oírlo,  
¡me sentí estremecer  
por su hiriente alarido!

---

<sup>13</sup> Mc 14, 36.

Volvió a llorar mi alma,  
y en ello he comprendido  
que, cuanto más se ama,  
el llanto es más dolido.

Volvió a llorar mi alma  
en amor encendido  
con fuerte estremecer  
por su gozo perdido».

17-5-1977

Abraham confiaba lleno de fe, en la noche tenebrosa, escalofriante y espeluznante del peregrinar de la terrible prueba, ante el sacrificio en inmolación cruenta que Yahvé le pedía, y que él mismo, con el corazón paternal desgarrado, tenía que realizar inmolando no sólo a su propio hijo, sobre el que recaían todas las promesas de Dios hechas a su alma, sino como la demolición de todo cuanto del mismo Dios había recibido.

Y en aquella dramática situación de lucha, sin lucha porque su determinación de obedecer a Dios era total, absoluta, incondicional, decidida y definitiva; experimentando en todo su ser que, por el sacrificio de Isaac, no sólo sacrificaba a su propio hijo a la voluntad de Yahvé que le pedía esa terrible inmolación, sino que rompía por otra parte las promesas del mismo Dios; confiando en su palabra, en su mandato, al mismo tiempo que en la prolongación de sus promesas, alzó la mano para el sacrificio, como

colgado en el abismo entre el cielo y la tierra, con la fe inquebrantable que aquello le pedía y la confianza absoluta en la palabra veraz del que Es, que realiza cuanto promete.

En el momento cumbre, inconcebible y casi inimaginable para el pensamiento de los hombres, Abraham creyó con fe firme e incommovible en cuanto Dios le había prometido; mientras que estaba determinado a sacrificar todo al Dios que, llenando su alma de promesas eternas, todo se lo había dado y todo se lo pedía en consumación de sacrificio total; en un «todo» que abarcaba su alma, su cuerpo, sus experiencias.

Y con fe terminante y brazo valeroso, confiando por una parte en cuanto Dios le había manifestado, y, por otra, sin titubear por lo que tenía que realizar en el sacrificio de su hijo, ofrecido a Dios, sólo se paró ante las palabras del Ángel:

«No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ahora sé que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, tu único hijo»,

para que detuviera su brazo y no sacrificara a su propio hijo, y con él demoliera y sacrificara también las promesas de Dios, confiando «contra toda esperanza» en que serían cumplidas, en rendimiento de todo su espíritu ante la palabra de Yahvé.

«Abraham levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acer-

có, tomó el carnero y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo.

Abraham llamó aquel sitio “El Señor ve”, por lo que se dice aún hoy “El monte del Señor ve”»<sup>14</sup>.

«¡Qué noche más densa envuelve el camino, marcando una brecha con la inmólación...!, y en la lejanía se escucha un lamento que dice amoroso: ¡No temas, mi Iglesia, soy Yo...!

¡Ya entiendo...!, es Cristo, mi Esposo, ¡conozco su voz!

Él abre el sendero que lleva a su encuentro; es duro y estrecho, mas por su interior se aperciben lumbres de eternos misterios, y, al llegar al término, ¡aparece el Sol!

Y allí, en aquel Día de inédito encuentro, el camino estrecho desapareció, ¡y surge radiante el Amor...!».

23-8-1977

Por eso, en la fe y por la fe de Abraham fueron bendecidas todas las generaciones del mundo, y las promesas de Dios fueron cumplidas según el pensamiento divino y el designio infinito del que se las manifestó, y que le predestinó y eligió para hacer recaer sobre él y su descendencia la restauración y salvación de la humanidad caída, que nos vendría por Cristo, el Mesías Prometido, «Emmanuel, “Dios con

<sup>14</sup> Gén 22, 13-14.

nosotros”»<sup>15</sup>; el cual nacería de su descendencia, de su stirpe, del linaje de David, como «Rey de reyes y Señor de los que dominan».

«El Ángel del Señor volvió a gritar a Abraham desde el cielo:

—“Juro por mí mismo –oráculo del Señor–: Por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te bendeciré, multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de las ciudades enemigas. Todos los pueblos del mundo se bendecirán con tu descendencia, porque me has obedecido”»<sup>16</sup>.

Y, ante la consideración de la fidelidad de Abraham, y, como consecuencia, de los planes de Dios con relación a él, y por su medio sobre toda la humanidad, realizados según el pensamiento divino y sus designios eternos; me viene a la memoria, en comparación, la desobediencia de nuestros Primeros Padres al mandato de Dios, que, llenándolos de las gracias y dones de lo Alto, les hizo los Padres de toda la humanidad.

Con el fin de que, pasado un tiempo en el Paraíso terrenal, todos sus descendientes, que también serían «como las estrellas del cielo y las arenas del mar», fueran llevados a la Eternidad en estado de gracia; sin tener que vivir y expe-

<sup>15</sup> Is 7, 14.

<sup>16</sup> Gén 22, 15-18.

rimentar las concupiscencias que nos trae el conocimiento del mal, sino conducidos por el camino en que el Bien supremo nos puso, para que fuéramos a Él sin tener que pasar por los terrores de la muerte ni sufrir las consecuencias dramáticas y espeluznantes que nos trajo la caída de nuestros Primeros Padres.

Los cuales, como consecuencia de su desobediencia a Dios, rompieron los planes del que los creó sólo y exclusivamente para que le poseyeran, haciéndonos perder a todos sus descendientes la posibilidad concedida por el mismo Dios, de ser hijos suyos, herederos de su gloria y partícipes de su vida divina.

Los planes de Dios se habían roto, destruyendo espeluznantemente todos sus designios amorosos sobre nosotros; quedándonos en una situación tan escalofriante, que, para poder restaurarnos, el Infinito tuvo que sacar de su potencia divina una nueva manera, tan desbordante y pletórica de sabiduría y amor, que fuera capaz de reparar infinitamente al Dios tres veces Santo, ofendido por el hombre; levantando a éste de tal forma de su postración, que quedara restablecida su amistad con Dios y pudiera volver a llegar a poseerle.

Y para esto, para que la reparación fuera según necesitaba, por su excelencia, la Santidad de Dios ofendida por la criatura; y para que, como consecuencia, ésta quedara restaurada, el Unigénito de Dios se hizo Hombre.

Y por la unión hipostática de su naturaleza divina y su naturaleza humana en la persona

del Verbo, siendo el Sumo y Eterno Sacerdote que une a Dios con el hombre, en la plenitud y por la plenitud de su Sacerdocio y el ejercicio de ese mismo Sacerdocio, hizo posible, en Él y por Él, para alabanza de la gloria de Yahvé, la reparación infinita al Dios ofendido y la remisión de nuestros pecados; reencajándonos en los planes de Dios rotos por el «no» de nuestros Primeros Padres, a los cuales, ya en el Paraíso terrenal, les fue anunciado que una Mujer aplastaría la cabeza del dragón:

«Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella te aplastará la cabeza cuando tú le ataques al calcañal»<sup>17</sup>.

«Los entregará hasta el tiempo en que “la que ha de dar a luz” dé a luz, y el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel»<sup>18</sup>.

Por medio de la cual, según el profeta Isaías, que anunció que la Virgen daría a luz un hijo y le pondría por nombre «Emmanuel, “Dios con nosotros”», hijo de la Maternidad divina de la Mujer y, por lo tanto, fruto de su vientre bendito; en Él y por Él, siendo el Unigénito Hijo del único y subsistente Dios verdadero, Jesucristo, su enviado, en derramamiento de compasión misericordiosa para la remisión de nuestros pecados, fueron realizadas todas las profecías de los antiguos Profetas sobre el Ungido de Yahvé; el cual fue crucificado, muerto y sepultado, y al tercer día resucitó glorioso y triunfador del pecado y de la muerte, y abrió con sus cinco lla-

<sup>17</sup> Gén 3, 15.

<sup>18</sup> Miq 5, 2.



gas los Portones anchurosos de la Eternidad, cerrados por el pecado de Adán y Eva.

«He aquí que mi siervo prosperará. No hay en él parecer...; despreciado y abandonado de los hombres, varón de dolores, y familiarizado con el sufrimiento.

Pero él fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados... Con sus llagas hemos sido curados...

Yahvé cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros... Ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado, verá descendencia, prolongará sus días, y el deseo de Yahvé se cumplirá por sus manos...

“El Justo, mi Siervo, justificará a muchos y cargará con las iniquidades de ellos. Por eso Yo le daré en premio las multitudes”<sup>19</sup>.

Todo como consecuencia del amor de Dios al hombre, y como consecuencia de la rebelión contra el mismo Dios de nuestros Primeros Padres en el Paraíso terrenal.

Y trascendiendo aún más lejos, mi espíritu se remonta hacia los Ángeles de Dios. Los cuales fueron creados en una dignidad de naturaleza inimaginable, para que poseyeran a Dios según la sublimidad de su condición angélica.

Y entre todos y sobre todos fue levantado el que «Luz Bella» se llamaba por la sublimidad en participación de Dios a que fue elevado.

<sup>19</sup> Is 52, 13; 53, 2b. 3a. 5ac. 6b. 10b. 11b-12a.

Y, ante tanta grandeza a la que estaba siendo sublimado, siendo Luzbel consciente de esta realidad; en vez de, sobrepasado de agradecimiento amoroso, obediente y en acatamiento total, postrarse desplomado en reverente adoración ante la excelencia de Dios y la majestuosidad de su santidad llena del esplendor de su gloria;

ante tanta luz, tantos regalos y tanta participación de Dios a la que estaba siendo levantado; mirándose desordenadamente, y, en un arrebatado de soberbia inconcebible e inimaginable, descabellada y descaradamente, quiso ser como Dios.

Y lleno de insensatez, reaccionó de un modo tan desconcertante, enfrentándose contra la Santidad infinita del que, sacándolo de la nada, lo creó sólo y exclusivamente para que participara de su misma divinidad –con la distancia infinita que existe siempre entre la criatura y el Creador–; que, rebelándose, exclamó: «¡No te serviré!»<sup>20</sup>.

Y en ese instante el designio de Dios sobre él y los que le siguieron manifestándose en voluntad de hacerles felices y partícipes de su misma vida divina, quedó destruido, y se rompieron los planes eternos de Dios sobre aquella criatura. Y la rebelión de Luzbel contra el mismo Espíritu Santo, creyéndose como Dios en su grito de: «¿Quién como yo?!», «¡no te serviré!», exigió, como consecuencia de justicia ante

<sup>20</sup> Jer 2, 20.

la Santidad de Dios ultrajada y ofendida, la creación del infierno, para ser arrojado allí, ante la rotura de los designios de Dios sobre él.

De forma que se abrió el Abismo insondable de la perdición, donde Luzbel cayó con la velocidad de un rayo, desde la altura a la que había sido encumbrado por el Infinito Creador en sublimidad sobre todos los Ángeles.

Y como consecuencia de su rebelión, no sólo se abrió el Abismo, al cual él mismo fue precipitado entre alaridos escalofriantes de desesperación y amargura, sino que arrastró con él a una tercera parte de los Ángeles de Dios:

«Hubo una batalla en el Cielo: Miguel y sus Ángeles peleaban con el dragón, y peleó el dragón y sus ángeles, y no pudieron triunfar ni fue hallado su lugar en el Cielo. Fue arrojado el dragón grande, la antigua serpiente, llamada diablo y Satanás, que extravía a toda la redondez de la tierra, y fue precipitado en la tierra, y sus ángeles fueron con él precipitados»<sup>21</sup>.

«El Señor dijo: “Yo veía a Satanás caer del Cielo como un rayo”»<sup>22</sup>.

Quedando abierto aquel «pozo» sin fondo de negrura indescriptible y profundidad inimaginable, el Volcán abierto donde cayó Luzbel y los que, como él, de una u otra manera y obstinadamente, dijera a Dios: «¡No te serviré!»; y de donde no se puede salir...: ¡de aquella mazmorra que irremisiblemente atenaza a los

<sup>21</sup> Ap 12, 7-9.

<sup>22</sup> Lc 10, 18.

que allí son introducidos, en la prisión eterna de los inimaginables tormentos que trae, como consecuencia, a la criatura, el rebelarse contra su Creador!

Y digo «obstinadamente», porque, para el hombre redimido por la Sangre del Cordero inmaculado, por el misterio de su Encarnación, vida, muerte y resurrección gloriosa se han abierto los Manantiales refrigerantes de las aguas que brotan desde el Seno del Padre derramándose por Cristo y en el amor del Espíritu Santo para la humanidad caída; lavando y vivificando a todos los que vengan a beber de las aguas de la vida, a través de los Sacramentos, en el seno anchuroso, divino y divinizante de la Santa Madre Iglesia; y en ella y por ella, a todos aquellos que, de alguna manera, busquen sin encontrarla y reciban su influencia en la Fuente de los divinos y eternos manantiales de su seno de Madre.

«Oí una gran voz en el Cielo que, decía: “Ahora llega la salvación, el poder, el reino de nuestro Dios y la autoridad de su Cristo, porque fue precipitado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios de día y de noche. Pero ellos le vencieron por la sangre del Cordero y por la palabra de su testimonio”»<sup>23</sup>.

Me pregunto lo maravillosos que hubieran sido los planes de Dios sobre la creación, con todas sus criaturas, especialmente las raciona-

<sup>23</sup> Ap 12, 10-11a.

les, creadas para poseerle, si Luzbel no se hubiera rebelado contra Él, ofuscado descarada y soberbiamente, con su terrible desatino de «¡no te serviré!»; y, como consecuencia, no se hubiera convertido en un diablo espeluznante y malignamente diabólico, que, en su desesperación, se lanzó y se lanza, llevado por su maldad, a dañar a la humanidad para quitarle el bien que él ha perdido;

haciendo caer a nuestros Primeros Padres en el Paraíso terrenal, llevándolos y llevándonos a todos a la situación dramática en que nos encontramos por la desobediencia de Adán y Eva en el momento de la prueba; prueba que era para que, humildemente, se rindieran ante la excelencia de la Majestad divina en derramamiento sobre ellos, y así levantarlos a su posesión.

Pero que, instigados por el diablo, desobedecieron a Dios y, por el pecado de ellos, todos los hombres nos quedamos sin poder poseerle, ¡y para siempre! ¡Qué terrible es decirle a Dios que no!

Ante lo cual Cristo, colgado entre el Cielo y la tierra, es el «Sí» infinito de reparación frente a Dios, y el «sí» del hombre en restauración redentora de compasión misericordiosa sobre la humanidad caída.

Por eso no podría expresar, por más que procurase manifestarlo, lo que esta mañana, durante la Santa Misa, ha vivido y experimentado mi alma de orgullo, de amor y veneración ha-

cia el Padre, en la fe, de todas las generaciones; de las cuales yo soy sólo como una pajita llevada, traída y zarandeada por las olas, perdida en los océanos inmensos de los insondables mares, como una diminuta parte del polvo de la tierra...

¡Cómo lo podrá expresar mi alma, llena de veneración a Dios y a la fidelidad absoluta y total de nuestro Padre Abraham, que, «creyendo contra toda esperanza», no dudó en ningún momento de hacer cuanto Dios le pedía, en la noche más tenebrosa de su vida...!

Si Abraham, como nuestros Primeros Padres, no hubiera confiado en Dios, y su fe se hubiera quebrantado, ¿qué nuevo cataclismo hubiera podido suceder, después del pecado de Adán y Eva, ante la duda, desobediencia o rebelión de Abraham, del cual y por el cual, de su descendencia, nacería el Mesías Prometido, el Libertador de la humanidad que quita los pecados del mundo?

Pero porque su fe fue firme y su obediencia a Dios determinante y rotunda, le fueron confirmadas las promesas de Yahvé, y, por ello, fueron bendecidas en él, a través de su descendencia, todas las generaciones.

Si Abraham, ante la prueba tan fuerte a la cual el Señor le sometió para la manifestación de su infinito poder derramándose en complacencia sobre su criatura y, en este caso, sobre el mismo Abraham, no hubiera sido fiel «esperando contra toda esperanza» y confiando en

las promesas de Yahvé –que fueron cumplidas y realizadas, según el pensamiento divino, sobre él y su descendencia para siempre, en la medida de su fidelidad a los planes eternos de Dios, por la venida del Mesías y la restauración de la humanidad caída–;

el mismo Dios hubiera tenido, al quedar rotos sus planes eternos, que sacar una nueva manera para realizarlos; y Abraham hubiera producido una nueva catástrofe, como nuestros Primeros Padres en el Paraíso terrenal; y, yendo aún más lejos todavía, como Luzbel, que, al verse tan encumbrado por Dios, se rebeló con su grito de «no te serviré», con la consecuencia funesta y espeluznante de la creación del infierno para él y para aquellos que, como él, obstinadamente, se rebelaran contra Dios.

Por lo que a Abraham su fe y su confianza en Dios le fueron computadas como justicia:

«Abraham, nuestro padre, ¿no fue justificado por las obras cuando ofreció sobre el altar a Isaac, su hijo? ¿Ves cómo la fe cooperaba con sus obras y que por las obras se hizo perfecta la fe? Y se cumplió la Escritura, que dice: “Pero Abraham creyó a Dios, y le fue imputado a justicia, y fue llamado amigo de Dios”»<sup>24</sup>.

«Apoyado en la esperanza creyó, contra toda esperanza, que llegaría a ser padre de muchas naciones, según lo que se le había dicho: “Así será tu descendencia”. No vaciló en la fe, aun

<sup>24</sup> Sant 2, 21-23.

dándose cuenta de que su cuerpo estaba medio muerto –tenía unos cien años– y estéril el seno de Sara.

Ante la promesa de Dios, Abraham no fue incrédulo, sino que se hizo fuerte en la fe dando gloria a Dios al persuadirse de que Dios es capaz de hacer lo que promete, por lo cual fue computado como justicia»<sup>25</sup>;

de forma que, de su descendencia, según el designio infinito del que Es sobre el hombre y la creación, y después del «no» de nuestros Primeros Padres en el Paraíso terrenal, «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros», nacido de la estirpe de David e hijo de Abraham, «Padre de todos los creyentes». Y al realizarse el designio divino según los pensamientos eternos de Dios, el Ungido de Yahvé, el Prometido a las naciones, el Restaurador de la humanidad, fue descendiente legítimo de Abraham; y, por lo tanto, de Isaac, Jacob, Judá y David, y de María.

Por la fe de Abraham: «Los Israelitas tienen la adopción de hijos, y la gloria y las alianzas y la legislación y el culto y las promesas y los Patriarcas, de los cuales procede Cristo según la carne, el que es, por encima de todo, Dios bendito por los siglos. Amén»<sup>26</sup>.

¡Bendita fidelidad la de Abraham, que mereció que de su descendencia, por lo tanto del Pueblo hebreo, naciera el Mesías, siendo la «Gloria de Israel y Luz de los gentiles»<sup>27</sup>!; como

<sup>25</sup> Rm 4, 18-22.

<sup>26</sup> Rm 9, 4-5.

<sup>27</sup> Lc 2, 32.

cumplimiento de la voluntad de complacencia de Dios, de que su descendencia sería como las estrellas del cielo y las arenas del mar, que abarcaría todos los confines de la tierra; viniendo de Oriente y Occidente, del Norte y el Sur:

«Yahvé ha desnudado su santo brazo a los ojos de todos los pueblos, y verán todos los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios»<sup>28</sup>;

siendo todos, judíos y gentiles, herederos de la Gran Promesa del «Emmanuel, “Dios con nosotros”» que nacería de una Virgen.

Por lo que, por Abraham, somos bendecidos y bienaventurados todas las generaciones, mediante el fruto de su fe; pues «creyó contra toda esperanza» que las promesas de Dios serían cumplidas, según el que le eligió de entre todas las naciones para ser el padre de todos los creyentes.

«La fe es seguridad de lo que se espera, y prueba de lo que no se ve.

Por su fe, son recordados los antiguos.

Por fe, obedeció Abraham a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber a dónde iba. Por fe, vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas –y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa– mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios.

<sup>28</sup> Is 52, 10.

Por fe, también Sara, cuando ya le había pasado la edad, obtuvo fuerza para fundar un linaje, porque se fió de la promesa. Y así, de una persona, y ésa estéril, nacieron hijos numerosos, como las estrellas del cielo y como la arena incontable de las playas.

Por fe, Abraham, puesto a prueba, ofreció a Isaac; y era su hijo único lo que ofrecía, el destinatario de la promesa, del cual le había dicho Dios: “Isaac continuará tu descendencia”. Pero Abraham pensó que Dios tiene poder hasta para resucitar muertos. Y así, recobró a Isaac como figura del futuro»<sup>29</sup>.

Por lo que mi alma, sintiéndose hija de Dios e injertada en Cristo como los sarmientos en la vid<sup>30</sup>; y por ser Iglesia Católica y Apostólica –la Jerusalén restaurada y cimentada bajo la Sede de Pedro–, hija de Abraham, según las promesas de Dios hechas a su alma; y predestinada y elegida por El que Es como el Eco de la Santa Madre Iglesia en manifestación de sus cantares –especialmente desde el 18 de marzo de 1959, desde el tiempo del Concilio–, para manifestar los pensamientos ocultos en Dios, llenos de promesas y realizados en y por la Descendencia de Abraham, de la tribu de Judá y la estirpe de David: el Mesías Prometido, nacido de «la Mujer que aplastaría la cabeza del dragón con el Fruto de su vientre bendito»<sup>31</sup>, en Belén de Judá:

<sup>29</sup> Heb 11, 1-2. 8-12. 17-19. <sup>31</sup> Cfr. Gén 3, 15; Lc 1, 42.  
<sup>30</sup> Cfr. Jn 15, 5.

—«Tú, Belén-Efratá, pequeña para estar entre las capitales de Judá, de ti me saldrá el que será Dominador en Israel»<sup>32</sup>—;

pensamientos y promesas que necesito, con fe inquebrantable en las peticiones y las palabras de Dios a mi espíritu, ir comunicando con todo cuanto el mismo Dios me ha manifestado con el mandato de: «¡Vete y dilo...!»; «¡Esto es para todos...!»;

mi alma, en esta mañana, rompe en un himno de alabanza a Dios, que hizo tales maravillas por la fe de Abraham, ante la experiencia que he vivido en la lectura de la Santa Misa sobre las promesas de Dios hechas a nuestro Padre en la fe, y la inmolación de Isaac, el hijo de las promesas de Yahvé a su alma;

promesas que él tenía que inmolar también en sacrificio, como en rendición de alabanza a la gloria de Dios, que, manifestándose en voluntad, le pedía la renuncia de todo cuanto tenía inscrito y como grabado a fuego en lo más profundo de la médula de su espíritu y en lo más recóndito de su corazón, por la victimación cruenta y sangrante de su unigénito hijo.

«Nada dices cuando pides,  
Jesús de infinitos dones;  
y todo dicho se queda  
en el modo indefinido  
de Tú serte explicaciones.

---

<sup>32</sup> Miq 5, 1.

Pues tu petición es fuego  
que corroe las entrañas,  
brasa que reseca el ser  
cuando, en mirada profunda,  
te imprimes dentro del alma.

Aunque tu voz es suave  
en infinita armonía,  
también, cual flecha candente,  
hiere taladrando hondo  
en tus fuegos encendida.

Por eso, cuando me hablas,  
tras tu mirada impelida,  
surgen en mí las nostalgias  
por cumplir la petición  
que a mi alma dejó herida.

Y, si siento que me miras,  
en postración adorante  
espero que te pronuncies,  
para cumplir cuanto pides,  
yendo donde Tú me mandes.

Pues son terribles tus voces,  
que, en la fuerza de su brío,  
impelen al alma amante,  
lanzada por tu querer,  
con inmenso poderío.

¡Pídeme, Jesús, mirando,  
que, ante Ti, rendida vivo!».  
5-9-1975

Y, ante cuanto esta mañana estaba viviendo,  
penetrando y comprendiendo sobre la grandeza  
de nuestro Padre Abraham;

con el cual tan profunda e íntimamente me siento unida por las promesas, llenas de palabras, que Dios pone en mi alma para que las manifieste;

y que, a imitación del santo Patriarca, tengo que realizar desde la limitación, ruindad y pobreza de mi miseria, con la máxima fidelidad que pueda, con fe inquebrantable, en inmola-ción cruenta o incruenta de mi vida, hecha ofrenda por la gloria de Dios y de su esposa, la Iglesia, la Universal, Eterna y Celestial Jerusalén, en medio de tan continuas y dramáticas situaciones en las que se desenvuelve mi vida; que me parecieron esta mañana, durante el Santo Sacrificio de la Misa, comparadas con las de Abraham, tan pequeñas y ridículas, tan pobrecitas como en mi limitación lo vivo;

llena de santo orgullo, tan conmovida e impregnada de amor y gozo en el Espíritu Santo hacia el santo Patriarca, toda mi alma irrumpía en alabanzas a Dios, agradeciéndole cuanto nos había concedido por el «sí» incondicional de la fe irreductible de nuestro Padre Abraham, y el de la Santísima Virgen ante el anuncio del Ángel, alabada por Isabel:

«Dichosa Tú, que has creído que lo que te ha dicho el Señor se cumplirá»<sup>33</sup>.

Y tan profundamente vivía todo esto invadida por la emoción que sentía, sin poderlo manifestar como deseaba por la pobreza y limita-

<sup>33</sup> Lc 1, 45.

ción de mis palabras, que hizo que mis ojos, reseco por el Sjögren que padezco, se humedecieran como en necesidad urgentísima de romper en llanto de agradecimiento ante lo que mi alma estaba viviendo y experimentando durante el Sacrificio incruento del Altar, donde el Hijo Unigénito de Dios se ofrece y se nos da en bebida y alimento que nos da la vida eterna;

necesitando romper en alabanza a Dios, y bendiciendo a Abraham por su fe inquebrantable, que me impelía a manifestar como pudiera su grandeza, alabándole y bendiciéndole, llena de agradecimiento y amor por su fidelidad a la voluntad divina y a los designios eternos sobre él, y por él sobre todas las naciones de la tierra.

«Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su Pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo, según lo había predicho desde antiguo por la boca de sus santos Profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian; realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres, recordando su santa Alianza y el juramento que juró a nuestro padre Abraham»<sup>34</sup>.

<sup>34</sup> Lc 1, 68-73.

Una vez más, y de una manera intensísima, me he experimentado descendencia de Abraham, y no sólo como los gentiles, sino como del Pueblo de Israel, por las palabras que, llena de fe e impregnada de esperanza, escuché en el Sagrario: «Tú eres mi Pueblo»; por ser el Eco de la Santa Madre Iglesia, la Nueva Sión, que agrupa dentro de sus murallas a los hombres de todos los lugares de la tierra, según las promesas de Dios hechas «a Abraham y a su descendencia para siempre».

Por esto, ante las palabras de un Prelado que escuchaba algo, nada más, de lo que mi alma vive con relación al Pueblo de Israel, el cual dijo: «Que no se nos vaya a hacer hebrea la Madre Trinidad»;

me ha venido, como contestación, esta pequeña pero profunda reflexión:

Porque soy Iglesia, hija de la Nueva y Celestial Jerusalén, fundada por Cristo y encomendada a sus Apóstoles, y por ser esposa de «Cristo, y Éste crucificado»<sup>35</sup>;

soy y me experimento en todo mi ser hebrea, parte de la descendencia de Abraham según lo prometido por Yahvé:

«Heme aquí: mi alianza es contigo, y serás padre de una muchedumbre de pueblos; y yo no te llamarás Abram, sino Abraham, porque yo te haré padre de una muchedumbre de pueblos... Y en ti serán bendecidas todas las familias de la tierra»<sup>36</sup>.

<sup>35</sup> 1 Cor 2, 2.

<sup>36</sup> Gén 17, 4-5; 12, 3b.

Ya que de la descendencia de su raza nacería el Mesías Prometido, «Gloria de Israel y Luz de los gentiles».

Por lo tanto, yo no necesito hacerme hebrea para ir de parte de Dios a buscar a los hijos de Israel, mis hermanos mayores, que aún están dispersos, para que descubran la faz de Cristo en el rostro de la Iglesia, porque lo soy por la promesa de Dios hecha a Abraham, «Padre de todos los creyentes».

Y asimismo, porque soy el Eco de la Santa Madre Iglesia, Dios me envía como expresión de los cantares de la Nueva y Celestial Jerusalén no sólo a los miembros de la Iglesia, sino también a los hijos de Israel para manifestarles:

¡«Yo soy» me envía a vosotros...!, para mostraros al Ungido de Yahvé, el Mesías Prometido, «Rey de reyes y Señor de los que dominan», Jesús de Nazaret, el descendiente de Israel, nacido de la estirpe de David, de una Virgen que daría a luz un hijo y le pondría por nombre «Emmanuel, “Dios con nosotros”»;

que, naciendo en un pesebre en Belén de Judá, después de pasar por la tierra haciendo el bien, como «camino, verdad y vida»<sup>37</sup> que nos conduce a la Casa del Padre, fue crucificado, muriendo en la cruz para quitar los pecados del mundo

—«No quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo. Los holocaustos y víc-

<sup>37</sup> Jn 14, 6.



timas por el pecado no te agradaron. Entonces dije: “He aquí que vengo –como de mí está escrito en el libro– para hacer, oh Dios, tu voluntad. Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en mis entrañas”»<sup>38</sup>–;

restaurándonos por el misterio de su Encarnación, vida, muerte y resurrección, y resucitándonos a una vida nueva, para reencajarnos, después de la rotura de los planes de Dios por nuestros Primeros Padres, en el fin para el cual fuimos creados a imagen y semejanza del mismo Dios, haciéndonos hijos suyos, herederos de su gloria y partícipes de su vida divina.

Realizándose en Cristo, con Él y en Él todas las promesas hechas por Dios a la humanidad por medio de «Abraham», «de generación en generación», «y su descendencia para siempre»<sup>39</sup>.

Por lo que es justo, digno y necesario que reconozcamos a Abraham como Padre de todos los creyentes, judíos y gentiles; y rompiendo en alabanzas, demos gloria al Padre, gloria al Espíritu Santo y gloria al Unigénito de Dios, Jesucristo, su enviado, «el Cordero que quita los pecados del mundo»<sup>40</sup>, único capaz de abrir el libro de los siete sellos.

Ante lo cual con todos los Ángeles, Arcángeles, Querubines y Serafines, y santos del Cielo, clamemos a una sola voz:

---

<sup>38</sup> Heb 10, 5-7 = Sal 39, 7-9.   <sup>40</sup> Jn 1, 29.

<sup>39</sup> Lc 1, 50. 55.

«¡Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los Ejércitos; llenos están los Cielos y la tierra de tu gloria!»<sup>41</sup>.

«Al que nos ama y nos ha lavado de nuestros pecados por su Sangre, y nos ha hecho reyes y sacerdotes de Dios, su Padre, a Él la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

Ved que viene en las nubes del cielo, y todo ojo le verá, y cuantos le traspasaron; y se lamentarán todas las tribus de la tierra. Sí, amén. Yo soy el alfa y la omega, dice el Señor Dios; El que Es, El que Era, El que Viene, el Todopoderoso»<sup>42</sup>.

---

<sup>41</sup> Is 6, 3.

<sup>42</sup> Ap 1, 5b-8.

**PORQUE CREO EN LA VIDA ETERNA,  
ME ABRASO EN MIS NOSTALGIAS  
POR EL ENCUENTRO DEFINITIVO  
CON EL AMADO**

Y enaltecida por la fe de Abraham, «Padre de todos los creyentes», repleta de esperanza en las promesas de Dios, y encendida en las llamas refrigerantes del Espíritu Santo, vuelvo a entonar mi canción de:

Yo tengo fe... Y «creo en la vida eterna».

«¡Oh qué misterio tan verdadero es el de la Eternidad...! –escribía el 10 de noviembre de 1961–. Toda mi alma, iluminada por la fe, está reventando en felicidad de tanto tener esperanza en la Eternidad.

Experimento que mi vida es un trasunto de ese día eterno en el cual, cerrando los ojos al destierro, me encontraré cara a cara, para siempre, contemplando al Ser en su ser reventando en Tres... ¡Para siempre...!

¡Oh Día eterno de la Eternidad, tan profundamente te has incrustado en mi alma, que eres tú y sólo tú el único centro de atracción para mí en este destierro...! Te saboreo sin llamarte; te espero segura; corro en tu búsqueda, enamorada. Te necesito porque eres mi principio, mi fin y mi vida; eres mi parte y mi herencia. ¡Sólo para ti nací, y no podré ser feliz plena-

mente, ni descansar, hasta que me sacie a la luz de tu semblante...!

La muerte, para mí, no es muerte, es la puerta que se me abrirá a ese día eterno, ¡mañana!, en el cual, perdida en la espesura infinita de tu inconmensurable ser, yo estaré abismada, robada y poseída por la simplicidad silenciosa y sencilla de tu inmutabilidad.

¡Oh Eternidad querida!, ¿es posible que no seas un sueño ni una cosa lejana...? ¡No!, eres más mía que yo misma y más cercana que mi misma alma. ¿Es posible que mañana yo esté engolfada en ti para siempre, contemplándote cara a cara, metida en la sabiduría profunda del Engendrador eterno, expresando en un júbilo dichoso con el Verbo, abrasada en la corriente divina, pacífica, silenciosa y avasalladora del amor del Espíritu Santo...?».

«Si el Amor me llamara,  
yo le respondería,  
y en su seno entraría  
dentro de su recámara...

Y allí Él me diría  
su infinita Palabra,  
y yo respondería  
toda a Él retornada...

¡Oh si al Amor yo viera  
en la luz de su cara...!  
Le miraría tanto,  
que en Él me transformara,  
haciéndome un poema  
que su gloria cantara...

Y, si entrara en su amor  
y con Él me abrasara  
en la luz de su fuego  
y en la unión de sus fraguas,  
yo me haría torrente  
de cristalinas aguas,  
repletando, en mis fuentes,  
al que a mí se acercara...

¡Si viniera el Amor,  
yo con Él me marchaba!».   
22-10-1971

«¡Mi esperanza no tiene límites...! Es segura como la muerte, cercana más que yo misma, sabrosa como el mismo Dios...!

Mi fe es un trasunto del Cielo... ¡La Eternidad me ha robado y vivo poseída por su esperanza...!».

«Hace algún tiempo que una esperanza pacífica, silenciosa y verdadera, me hunde en la Eternidad; esperanza que es actualizada y vivificada por una fe constante y tan certera que casi deja de ser fe.

Yo sé que la Eternidad es como mi fe me la presenta y mi esperanza la espera, y no la veo como una cosa lejana. Veo que la vida del hombre es como un soplo sobre la tierra, “como la flor del campo, así florece; apenas la toca el viento y ya no existe”<sup>1</sup>, y, por lo tanto, que toda esta dicha tan inmensa y verdadera de la Eternidad ¡es mañana...!».

<sup>1</sup> Sal 102, 15-16.

*«Cuando sueño que Dios llega*  
en la noche lastimera del destierro,  
se conmueven exultantes mis entrañas,  
y mi espíritu, reseco por mi anhelo,  
se siente refrigerado  
por la brisa del Eterno.

*Cuando sueño que Dios llega,*  
y apercibo el contacto de su beso,  
y rumoreo sus pasos,  
y saboreo su aliento,  
y vislumbro las lumbreras  
que revientan de su pecho,  
rompo en llanto, y, cruzando los abismos  
que separan nuestro encuentro,  
a Él me lanzo presurosa, sin pararme  
en los peligros  
que, en mi pasar, voy teniendo.

*Cuando sueño que Dios llega,*  
tras la noche del destierro,  
siento recrujir mi entraña  
con la brisa de su vuelo.

*Cuando sueño que Dios llega,*  
despierto siempre en los cielos,  
en los cielos de mi hondura,  
donde Él mora contento.

*Cuando sueño que Dios llega,*  
mi sueño pasa en un vuelo».  
29-1-1973

Y mi alma, herida de amor por la luz refulgente del Dios eterno, gime en nostalgia por su

encuentro definitivo, y lo anhela jadeante, en torturante sed, «como el ciervo brama por las fuentes de las aguas»<sup>2</sup>.

«¡Oh Eternidad infinitamente santa, en la cual el alma pequeñina y sedienta de justicia y verdad se saciará cara a cara con las divinas Pupilas, en la contemplación de tu divina Faz...!

¡Oh Eternidad, Eternidad...!, eres la apetencia saboreable de mi alma desterrada, la necesidad urgente de todo mi ser desencajado en este lugar de mentira, de incomprensión, de dolor y de prueba...

Eres tú, ¡oh Eternidad querida!, la necesidad, en saciedad, de mi alma enamorada y cautivada por la hermosura de tu rostro...

Te conocí y me enloqueciste de amor, ¡oh Ciudad de Dios!, donde yo estaré eternamente embriagada en el festín divino de mi celestial Esposo; donde, en tu verdad, mi fecundidad repleta y perdida en la Fecundidad divina, estará con tus hijos y mis hijos, siendo una alabanza perfecta de tu divinidad...

Te encontré, te conocí y penetré que tú sola eres la única capaz de saciar esta sed ardiente que me devora de amor, justicia, verdad, fecundidad y virginidad...».

«¡Oh, qué deseos como infinitos de saciarme en aquel Manantial donde brota el agua de tu

---

<sup>2</sup> Sal 41, 2.

divina sabiduría...! a la cual fui llevada y contemplé [...] en la luz de tu ser...

Y tan divinamente a mi Dios contemplé, que, en su misma armonía, con mi Verbo canté, abrasada en el fuego de mi divino Amor, aquel Concierto eterno que, en su serse inmutable, se es mi eterno Sol...

Y después de mirarte y de verte en tu luz, me vi cual desterrada, perdida y abismada, sin la luz increada que en tu ser contemplé... Y me quedé sin verte en tu eterna mirada, sin cantarte en tu ser, sin amarte en tu amor en la luz infinita de tu eterno saber...

Y aunque sé que te sé en la pobre tiniebla de mi pobre saber, ahora sé que te canto sin saberte cantar en tu ser; ahora sé que te amo en la espesa tiniebla de este oscuro entender...

Y al mirarte, decirte y amarte sin saberlo saber, yo he encontrado la dicha, en mi pobre destierro, de vivir en tu ser en espera del día, en el cual el amor infinito de tu eterna Verdad, deposite en mi alma aquel beso inmutable que me dé cara a cara a saber el misterio infinito de mi eterna Deidad.

Un día a verte iré, oh Eternidad querida, para siempre..., para siempre... Y allí me perderé ¡para siempre!, en la luz luminosa de tu eterna pupila...

¡Oh Amor...! mientras llega aquel día en el cual yo estaré abismada en tu ser en la luz de tus Ojos, mientras llega aquel día en que a Ti te ten-

dré para siempre, sin poderte perder, mi postura será: en la cruz con mi Cristo cosida al madero de mi inmolación; sufriendo esta sed de Eternidad que me abrasa;

morando en el destierro y sufriendo el martirio del desamor a Dios por parte de mis hermanos y mis hijos; ejerciendo mi sacerdocio, clavada entre el Cielo y la tierra, en mi misa incruenta de mi inmolación total. Sí, ¡en la cruz con mi Verbo, en el Seno del Padre, metida en el regazo divino, sostenida por los brazos de la Paternidad infinita y besada por el beso inmutable del Espíritu Santo...!».

«Adora el alma mía en el silencio, respondiendo amorosa a su Amador; se entrega como puede en su nostalgia, clamando por de nuevo oír su Voz.

La esposa fue llagada lentamente ante el paso silente del Amor, y vaga, suspirando, con gemidos, ver la luz del Eterno Resplandor.

Oprimida en vivencias melancólicas, espero en un mañana de ilusión, con triunfos de conquistas del Amado; ¡la cruz será el camino hacia el Señor!

Esperas prolongadas de secreto, anhelos reprimidos con temblor me piden los amores del Inmenso, en dulces apetencias de visión.

¡Nada es tan hondo cual vivir soñando en el toque sagrado de mi Dios!

Nostalgias recargadas de nostalgias...,  
esperas prolongadas de opresión...,  
dulces melancolías silenciadas,  
envueltas y repletas de dolor...

Un día luminoso de esperanza,  
seguro en su conquista hacia mi Sol,  
es el Inmenso que, a su dulce paso,  
vestido de su luz y su esplendor,  
me lanza con poder hacia su encuentro,  
cargado del misterio de su don».

4-12-1974

\*

Yo tengo fe... Y mi fe es segura, firme e inquebrantable, no por lo que yo sienta o viva, sino porque me la ha dado mi Santa Madre Iglesia, infalible al transmitir la palabra que el Verbo le entregó; y mi esperanza es certera porque mi Iglesia Santa me la infundió con mi fe el día del Bautismo y la ha ido haciendo crecer en mi alma con sus enseñanzas y con los dones y frutos del Espíritu Santo.

Y por ser Iglesia, y dentro de esta Santa Madre su Eco, Dios, en su plan eterno, quiso mostrarme en su luz sus misterios, para que cantara y contara a todos las riquezas de la Iglesia.

Por eso muchas veces se dignó, por un designio suyo incomprensible, llevarme a su seno, lo cual ha dejado a mi alma herida de muerte en deseos de la posesión en plena luz del Dios eterno.

El día 30 de abril de 1960, escribía: «Dios me introdujo de nuevo, casi como el 18 de marzo

de 1959, de una manera profundísima e inimaginable en la hondura insondable del Misterio de su vida;

llevándome a la profundidad de su Virgindad trascendente, ¡intocable e insondable!, para que contemplara aquel *Sancta Sanctórum* de la adorable Trinidad, velado y oculto; en el cual el Padre, rompiendo en resplandores de santidad, en el instante-instante sin tiempo de Eternidad infinita y abarcadora de Dios serse El que se Es, irrumpía engendrando a su Verbo, en engendrar supremo de infinita y amorosa Sabiduría en el abrazo infinito y mutuo del Espíritu Santo.

[...] ¡Me fue levantado el velo del *Sancta Sanctórum* donde Dios se oculta!

E introduciéndome el Infinito Ser en su cámara nupcial, sorprendí aquel Misterio infinito e inaccesible, que sólo Dios vive, y en el que no se puede entrar sin ser llevada por Él a la hondura de su recámara nupcial de infinita y eterna Santidad, cubierta por el velo del *Sancta Sanctórum* de su Virgindad trascendente».

«Y allí, [...] ¡fui introducida!, sin poder comprender cómo pude entrar; y mucho menos cómo, después de haber salido, he podido seguir viviendo todavía durante tantos años.

Aunque sí pude vislumbrar algo de por qué me metió Dios en aquel *Sancta Sanctórum* tan hondo, de trascendencia infinita.

Donde Él mismo me imprimió que no se podía entrar; cosa que debía comunicar. Al mis-

mo tiempo que tenía que manifestar que esta pequeña, asustada y temblorosa hija de la Iglesia había entrado por una voluntad infinita del Eterno Ser, tan sólo para ayudar a la Iglesia con cuanto, para que lo comunicara, Él, introduciéndome en su Misterio, me hacía vivir.

¡Sólo para ayudar a la Iglesia!, [...] ¡¡Sólo para eso!!

Y por este medio tan sublime y tan inexplicable para mí, glorificarse a sí mismo a través de la última, despreciable, inculta, desvalida y pobretona hija de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y bajo la Sede de Pedro.

A la cual, mi pobrecita alma temblorosa, tenía que manifestar con el entorpecido repiquetear de mi voz, como el Eco tan sólo, diminuto, asustado y tartamudeante, del Pueblo de Dios.

“ ¡Silencio...! ¡Silencio...! –exclamaba atónita ante lo que mi alma estaba contemplando–.

¡Silencio...! ¡Que ha sido alzado y descubierto el velo virginal de recato indecible que se es Dios, para que sus hijos, por un misterio infinito de amor eterno que el hombre jamás podrá comprender, puedan sorprenderle en aquel punto, en que el seno divino, reventando, como en cataratas y cataratas de batallones y batallones de Virginidad de ser, en Virginidad fecunda, rompe en Paternidad...!

¡Silencio...! ¡Silencio...! ¡Que, en adoración perenne y sorpresa indecible, están todos los Bienaventurados en un ¡oh! de sorpresa eterna, ¡atónitos!, contemplando al Eterno *Oriens* sur-

giendo de las entrañas virginales del fecundo Padre, en Canción infinita de vida divina...!

¡Silencio...! Que en aquel punto misterioso y secreto del serse del Ser, en el abrazo eterno del Espíritu Santo y en las alas virgíneas de su coeterna Virginidad, se están besando en su misma Boca, rompiendo en una alegría de gozo indecible, las tres divinas Personas en unión trinitaria de Familia Divina.

El Cielo consiste en una sorpresa eterna, en adoración perenne de admiración sorprendente, ante la contemplación del Eterno Serse, ¡siempre siéndose y siempre sido!, en su Virginidad eterna rompiendo en Tres...

¡Esto sí que es fiesta en el Seno-Amor...!, ¡en la Entraña misma del Entrañador...!, ¡en la gran sorpresa de aquel punto-punto en que se está siendo el Eterno Sol...! ”

[...] Y estando contemplando y viviendo todo esto en el gozo de los Bienaventurados, ¡en un instante-instante de misterio indecible! me sentí introducida, de una manera sorprendente e incomprensible, en la hondura sacrosanta del Arcano del *Sancta Sanctorum* del Infinito Ser;

sorprendiendo la vida inmutable e inefable de la adorable Trinidad en el punto misterioso, velado y oculto, donde en rompientes de infinitas cataratas de sabiduría amorosa, el Padre irrumpe engendrando a su Verbo en el abrazo coeterno e infinito del Espíritu Santo.

“ ¡Oh...! ¡Silencio...! ¡Silencio...!

¡¡Silencio...!! ¡Respeto...! ¡Adoración...!

¡¡Que estoy sorprendiendo la terribilidad terrible del serse del Ser, reventando en una brisa infinitamente silenciosa de armonía calladita, rompiendo en Tres...!!; ¡en Tres divinas Personas de subsistencia coeterna e infinita! en aquel ¡punto-punto! en que Dios se es...; para que, introduciéndome dentro de Él, le sorprenda en el instante-instante de serse lo que es, y de estárselo siendo, y de cómo lo es, y por lo que se lo es.

¡Silencio...! ¡Silencio de adoración, en veneración profunda...! ¡¡Que me está siendo levantado el velo de la Infinita Virginitad, para introducirme en el *Sancta Sanctórum* de la adorable Trinidad...!!

Y mi alma, subyugada..., robada... y postrada en reverente adoración, ¡sorprende y contempla el instante-instante en que Dios se es...!

Y, como los Bienaventurados, rostro en tierra, adoro aquel Misterio indecible de majestad soberana, donde nadie puede entrar si no es invitado y llevado por la misma mano del excelso Ser que, recorriendo el velo de su Virginitad, nos introduce en el festín infinito de su eterna felicidad...

¡Silencio...! ¡Silencio...! ¡Silencio...!

¡¡Que me está Dios recorriendo el velo de su *Sancta Sanctórum*...!! Y, en invitación amorosa, me está introduciendo donde Él, para que le sorprenda en el instante velado de recato indecible, de Virginitad eterna y trascendente, en que Él se es...

¡Silencio...! ¡Silencio...! ¡Silencio...!

¡¡Oh fecundidad, fecundidad de las entrañas entrañadoras del Eterno Sol...!! Tú te eres, por serse el Santo, el Intocable, la Virginitad eterna rompiendo en Paternidad.

¡Silencio...! ¡Silencio...!

En silencio..., metida en el Seno-Amor..., en el *Sancta Sanctórum* del Intocable..., mi alma, adherida al Espíritu Santo, besa con el beso de la boca divina el punto mismo de la fecundidad engendradora del Padre rompiendo en un Hijo de virginitad eterna...

¡Silencio...! Que se está expresando la Virginitad eterna en un Hijo... ¡Que se está besando, en un Beso misterioso de eterno silencio, en la Luz infinita de su inagotable ser, rompiendo en terribilidad terrible de Luz increada, en su serse el Ser el Eterno Sol...!

¡Silencio...! ¡Silencio...! ¡Silencio...!

¡Finura indecible...!

¡Que estoy contemplando la Divinidad rompiendo en Paternidad engendrando, envuelto en los pliegues eternos de su virginal ser...!

¡Oh, qué silencio en mi alma...!, ¡allí, donde Dios...!, ¡viviendo y bebiendo de aquella Virginitad eterna...!, ¡saciándome en sus inagotables fuentes, y como saturándome de Divinidad...!

¡Oh qué silencio...!, ¡qué misterio...!, ¡qué secreto...!, ¡qué hondura...!

¡Silencio...! ¡Qué bien se está en silencio, apercibiendo el concierto de la generación divina en el abrazo coeterno del Espíritu Santo!



¡Oh generación eterna del Eterno Sol...!  
¡Oh...!, ¡cómo lo veo...! ¡Cómo lo veo...!  
¡Está procediendo...!, ¡surgiendo...! el Eterno  
*Oriens*, en el mismo seno del Eterno Sol.  
¡Oh...!, ¡El siempre Nuevo...!, ¡El Eterno Dios!,  
¡el que siendo siempre el Eterno Sol, siempre  
es nuevo por su serse siempre el Renuevo eter-  
no del Engendrador...!

¡Oh qué gran misterio...! ¡Silencio...! ¡Si-  
lencio...!  
¡Silencio de adoración!, ¡que está el Padre  
pronunciando su Palabra increada en aquel  
punto secreto de la generación del Verbo...!

¡Oh qué fino es Dios en su ser, rompiendo  
en Tres...!  
¡Oh cómo lo veo en su actividad trinitaria...,  
en su generación eterna..., en su paternidad  
virginal..., en su engendrar recatado..., en su  
serse, El que se Es, la majestad soberana de  
gozo indecible en suavidad sonora...!

¡Silencio...! ¡Silencio...! ¡Silencio...!

¡Gracias, Señor...! ¡Gracias, Señor...! ¡Gracias,  
Señor...!

Yo hoy, anonadada, temblorosa y asustada,  
al comprender lo que he visto y oído, respon-  
do adorante en un silencio de adoración pro-  
funda y de anonadación reverente...

Y, traslimitada, temblando de amor y respe-  
to, vuelta hacia Ti, clamo: ¡Gracias, Señor, pero  
yo no soy digna...! ”».

20-3-1975

## SI VOLVIERA A MIRARTE

Si te viera, Señor,  
¡aunque fuera un momento!,  
y saciaras mi sed en la luz infinita  
de tu eterno Misterio...

Si cantara en tu Canto,  
y te amara en tu Fuego  
sin los velos que ocultan el mirar trasparente  
de tus ojos serenos...

Si te viera otra vez,  
recobrando de nuevo  
fortaleza que impregne mi vida  
para estar en destierro...

¡Un instante siquiera,  
que calmara mis brasas en celos...!  
¡Un instante, Señor,  
pues, sin Ti, más no puedo...!

Yo no busco vivir ni morir,  
¡sólo quiero mirarte sin velos  
en la luz de tu gloria o en la densa tiniebla  
que envuelve este suelo!

¡Si volviera a mirarte, mi Dios,  
aunque fuera un instante sin velos...!

5-3-1973

## VAGO HERIDA

Vago herida en la vida,  
en mi largo esperar, sin hallarte;  
sin hallarte en los soles que busco  
en mi noche, al buscarte.

Vago herida en la vida,  
con punzadas sangrantes,  
con cauterios profundos  
en mi sed jadeante.

Yo no sé lo que tengo, en mi ser,  
de tortura implacable,  
al buscar tu infinito fulgor  
en tu ser llameante.

Yo no sé qué será, mi Señor,  
¡Tú lo sabes!

Conclusión de la Colección «Luz en la noche. El misterio de la fe» sobre lo que más vehementemente me he sentido impulsada a manifestar, bajo la moción y la fuerza del Espíritu Santo, con relación al dogma riquísimo de la Santa Madre Iglesia, expresado en sabiduría amorosa.

Ya que Dios es un acto infinito y coeterno de sabiduría y amor, y, como es, quiere ser conocido y manifestado enviándome a proclamar cuanto, para que lo manifieste, me ha comunicado con el mandato de:

«¡Vete y dilo...!»; «¡Esto es para todos...!»

Yo sólo soy Iglesia Católica y Apostólica, que, cimentada en la Sede de Pedro y bajo la Sede de Pedro y en adhesión incondicional a los demás Sucesores de los Apóstoles que, unidos a él, son las Columnas de la Iglesia; sintiéndome más Iglesia que alma, me experimento «el Eco» diminuto y palpitante de la Santa Madre Iglesia; y necesito expresar, desde la pequeñez, pobreza, ruindad y miseria de mi nada, cuanto, apoyada en el pecho de Jesús, como el Apóstol San Juan en la Última Cena, he aprendido, en sabiduría amorosa, sobre el misterio de Dios, de Cristo, María y la Iglesia, repleta y saturada de Divinidad, para que lo manifieste.

Ya que «el que se apoya en el pecho de Cristo, se hace predicador de lo divino»<sup>1</sup>.

Y en mi sed insaciable de dar gloria a Dios y vida a las almas, busco incansablemente ser voluntad de Dios cumplida, llenando la misión que, desde el seno y en el seno de la Santa Madre Iglesia, por ser la última y más pequeña de las hijas de esta Santa Madre, Dios me ha encomendado.

Soy «el Eco» de la Iglesia, y la Iglesia es mi canción.

*Trinidad de la Santa Madre Iglesia*  
*Sánchez Moreno*

---

<sup>1</sup> Evagrio del Ponto.